



CONSEJO DE SEGURIDAD
ACTAS OFICIALES

DECIMONOVENO AÑO

1173^a. SESION • 11 DE DICIEMBRE DE 1964

NUEVA YORK

INDICE

	<i>Página</i>
Orden del día provisional (S/Agenda/1173)	1
Aprobación del orden del día	1
Carta, de fecha 1 de diciembre de 1964, dirigida al Presidente del Consejo de Seguridad por los representantes de Afganistán, Argelia, Burundi, Camboya, Congo (Brazzaville), Dahomey, Etiopía, Ghana, Guinea, Indonesia, Kenia, Malawi, Malí, Mauritania, República Arabe Unida, República Centroafricana, República Unida de Tanzania, Somalia, Sudán, Uganda, Yugoslavia y Zambia (S/6076 y Add.1 a 5)	1
Carta, de fecha 9 de diciembre de 1964, dirigida al Presidente del Consejo de Seguridad por el Representante Permanente de la República Democrática del Congo (S/6096)	

NOTA

Las firmas de los documentos de las Naciones Unidas se componen de letras mayúsculas y cifras. La mención de una de tales firmas indica que se hace referencia a un documento de las Naciones Unidas.

Los documentos del Consejo de Seguridad (Símbolo S/...) se publican normalmente en suplementos trimestrales de las *Actas Oficiales*. La fecha del documento indica el suplemento en que aparece o en que se da información sobre él.

Las resoluciones del Consejo de Seguridad, numeradas según un sistema que se adoptó en 1964, se publican en volúmenes anuales de *Resoluciones y decisiones del Consejo de Seguridad*. El nuevo sistema, que se empezó a aplicar con efecto retroactivo a las resoluciones aprobadas antes del 1 de enero de 1965, entró plenamente en vigor en esa fecha.

Celebrada en Nueva York, el viernes 11 de diciembre de 1964, a las 10.30 horas

Presidente: Sr. Fernando ORTIZ SANZ (Bolivia).

Presentes: Los representantes de los siguientes Estados: Bolivia, Brasil, Costa de Marfil, Checoslovaquia, China, Estados Unidos de América, Francia, Marruecos, Noruega, Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Orden del día provisional (S/Agenda/1173)

1. Aprobación del orden del día.
2. Carta, de fecha 1 de diciembre de 1964, dirigida al Presidente del Consejo de Seguridad por los representantes de Afganistán, Argelia, Burundi, Camboya, Congo (Brazzaville), Dahomey, Etiopía, Ghana, Guinea, Indonesia, Kenia, Malawi, Malí, Mauritania, República Árabe Unida, República Centroafricana, República Unida de Tanzania, Somalia, Sudán, Uganda, Yugoslavia y Zambia (S/6076 y Add.1 a 5).
3. Carta, de fecha 9 de diciembre de 1964, dirigida al Presidente del Consejo de Seguridad por el Representante Permanente de la República Democrática del Congo (S/6096).

Aprobación del orden del día

Queda aprobado el orden del día.

Carta, de fecha 1 de diciembre de 1964, dirigida al Presidente del Consejo de Seguridad por los representantes de Afganistán, Argelia, Burundi, Camboya, Congo (Brazzaville), Dahomey, Etiopía, Ghana, Guinea, Indonesia, Kenia, Malawi, Malí, Mauritania, República Árabe Unida, República Centroafricana, República Unida de Tanzania, Somalia, Sudán, Uganda, Yugoslavia y Zambia (S/6076 y Add.1 a 5)

Carta, de fecha 9 de diciembre de 1964, dirigida al Presidente del Consejo de Seguridad por el Representante Permanente de la República Democrática del Congo (S/6096)

1. El PRESIDENTE: Conforme a la decisión ya adoptada por el Consejo, y si no hay objeción, invitaré a los representantes del Sudán, Guinea, Ghana, Bélgica, el Congo (Brazzaville), Argelia, Malí, la República Democrática del Congo, Nigeria, la República Árabe Unida, Burundi, Kenia y la República Centroafricana a participar, sin derecho a voto, en el debate del Consejo sobre esta cuestión, y a tomar asiento en los lugares que les están reservados frente a la mesa del Consejo.

Por invitación del Presidente, el Sr. O. A. H. Adeel (Sudán), el Sr. M. Achkar (Guinea), el Sr. K. Botsio (Ghana), el Sr. P.-H. Spaak (Bélgica), el Sr. C. D. Ganao (Congo, Brazzaville), el Sr. M. Yazid (Argelia), el Sr. O. Ba (Malí), el Sr. T. Kisumbuir (República Democrática del Congo), el Sr. J. A. Wachuku (Nigeria), el Sr. M. El-Kony (República Árabe Unida) y el Sr. J. Mbazumutima (Burundi) toman asiento en los lugares que les están reservados frente a la mesa del Consejo.

2. El PRESIDENTE: Proseguimos hoy al examen de la cuestión. El primer orador inscrito en mi lista es el Ministro de Relaciones Exteriores de Bélgica, a quien cedo la palabra.

3. Sr. SPAAK (Bélgica) (traducido del francés): Señor Presidente, señores: Como los demás oradores, le agradezco que me haya concedido la palabra y que lo haya hecho ahora, pues debo confesar que mi paciencia tocaba a su fin. He pasado dos de las peores jornadas de mi vida y he sufrido, dominándome mucho, el torrente de oratoria en que estamos sumergidos desde hace 48 horas, torrente desmedido de injurias, de accesos de violencia y de faltas a la verdad; torrente que ha revelado también curiosos y humillantes complejos de inferioridad. Al mismo tiempo — y esto es lo que más me turba, conmueve y preocupa —, en las manifestaciones de los oradores que me han precedido había como un sentimiento de reto, de desconfianza y casi de odio, muy parecido a ese sentimiento racista que con tanta vehemencia se denuncia y ataca.

4. He oído siete u ocho cargos; pero no vengo aquí como acusado que desee alegar circunstancias atenuantes o pedir indulgencia a un tribunal: vengo aquí válido de mi derecho y con la conciencia tranquila, seguro de que me aprobará la inmensa mayoría de la opinión pública de mi país; y también, me parece, alentado y sostenido por la aprobación expresa o tácita de muchos gobiernos del mundo. Vengo a intentar exponer con franqueza — y espero que con claridad — los motivos que han obligado al Gobierno belga a adoptar una decisión grave, gravísima. Puedo decir a ustedes que si tomamos esta decisión fue sólo después de sopesar cuidadosa y escrupulosamente todos los elementos de juicio, y bien sabemos en el momento de adoptarla que tropezaríamos con ciertos inconvenientes internacionales; sabíamos que al decidir la operación de Stanleyville — de la que hablaré dentro de unos momentos — íbamos a provocar discursos como los que tan a menudo hemos oído sobre el colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo.

5. He escuchado esos discursos consabidos y comprobado una vez más que la violencia de los adjetivos suele ir unida a la pobreza del raciocinio, y que es

más fácil encontrar palabras gruesas que buenos argumentos.

6. Yo habría escuchado todo eso con la indiferencia nacida de la costumbre si no hubiera discernido algo mucho más grave en el trasfondo de las acusaciones: pareceme que había en esos alegatos un afán mal disimulado de separar a Europa de Africa, y acaso hasta de enfrentar a negros y blancos entre sí. Esto, señor Presidente, es un doble y grave peligro, y de ahí la verdadera gravedad de cuanto hemos oído hasta ahora.

7. Esos discursos fueron alegatos apasionados, y me va a costar un esfuerzo muy grande no responder a ellos con la misma vehemencia ya observada. Intentaré atenerme a los hechos y comentarios.

8. Quisiera, en esta intervención, hablar de la operación de Stanleyville, sí; pero también de la política belga en el Congo, de los problemas que se plantean a ese país y de lo difícil que es resolverlos.

9. Por lo que atañe a Stanleyville, afirmo — y creo que así quedará demostrado para toda persona imparcial — que la operación de ese nombre no fue una operación militar. No se trataba de ayudar al ejército nacional congolés, ni de conquistar o retener un territorio cualquiera; se trataba de salvar a 1.500 ó 2.000 personas cuya vida corría peligro; se trataba de salvar a personas miradas como rehenes por las autoridades rebeldes, a gente que había sido encarcelada, amenazada y golpeada. Mis adversarios me dicen: eso no es cierto, no se trataba de una operación de salvamento, sino de una agresión militar premeditada. Han oído ustedes repetir muchas veces esta acusación en estos dos últimos días.

10. El orador que me ha precedido, el que más lejos ha llegado en tal sentido, es el representante del Congo (Brazzaville). No sólo acusó a Bélgica y a los Estados Unidos, y accesoriamente al Reino Unido, de haber premeditado una agresión militar, sino que, refiriéndose a Bélgica, añadió que habíamos tramado una conspiración para evacuar a los blancos que se hallaban en las zonas ocupadas por los rebeldes, con el fin de facilitar luego nuestro ametrallamiento de la región y el asesinato de los negros.

11. Yo reto al representante del Congo (Brazzaville) a que aporte la menor prueba, el menor comienzo de prueba, el más insignificante indicio en que apoyar tan infame acusación. Creo que no se atribuyen a los demás sino las ideas que uno es capaz de concebir, y por eso dejo al representante del Congo (Brazzaville) frente a su conciencia y frente a sus acusaciones infamantes y gratuitas.

12. Aquí se han enjuiciado intenciones, se han afirmado muchas cosas que no se ha intentado demostrar. En cambio yo voy a atenerme a los hechos y explicar a ustedes por orden cronológico lo que ha ocurrido en Stanleyville.

13. En julio de este año hubo un avance de las fuerzas rebeldes hacia Stanleyville; desde ese momento, y en vista de lo que había pasado en otras comarcas del Congo, sentimos honda inquietud; desde entonces, a comienzos de agosto — cuando Stanleyville no estaba todavía ocupada por las fuerzas rebeldes — intentamos organizar una evacuación inicial. El cónsul

belga en Stanleyville hizo una petición especial de aviones, y 150 personas — no sólo belgas, sino otros blancos, indios, pakistanos y algunos congolese, esposas e hijos de oficiales del ejército nacional congolés — subieron a esos aviones y abandonaron la ciudad. Los demás, lamento decirlo, se negaron a partir. Es ése un fenómeno con que tropiezo hace ya años, cada vez que me ocupo de soventar algún incidente en el Congo; me refiero a la voluntad de los belgas, sobre todo, de permanecer en un país que aman y que para muchos de ellos es su segunda patria. Aunque les habíamos indicado oficialmente el peligro que representaba la llegada de tropas rebeldes, mal mandadas casi siempre y cuyas reacciones no podían preverse, la gran mayoría de los blancos se quedaron en Stanleyville, negándose a ser evacuados.

14. El representante de Argelia ha mostrado tener imaginación un tanto perversa al atreverse a sugerir que si los belgas permanecieron en Stanleyville ello fue una treta del gobierno, ya que habíamos animado a nuestros compatriotas a quedarse porque desde ese instante nos disponíamos a preparar la operación liberadora. He de reconocer que, después de exponer semejante hipótesis, el representante de Argelia tuvo a bien hacer una concesión: reconoció que la hipótesis era quizá excesiva y que no tenía pruebas de su aseveración. No puedo dejar pasar la ocasión sin darle las gracias por su esfuerzo en pro de la objetividad.

15. Como iba diciendo, los belgas, otros blancos y muchos extranjeros se quedaron en Stanleyville. Desde agosto tuvimos claros motivos de preocupación, pues entonces las autoridades rebeldes expusieron pública y oficialmente la teoría de que los extranjeros — sobre todo los belgas y los norteamericanos — eran considerados no sólo como prisioneros de guerra, sino como rehenes.

16. Los oradores que me han precedido aparentaron ignorar este hecho, que sin embargo fue fundamental para la operación de Stanleyville. Quisiera saber si entre los Miembros de la Organización de las Naciones Unidas hay alguno que se atreva a cargar con la responsabilidad de defender la idea de que un gobierno, sea legal o rebelde, tiene derecho a apoderarse de hombres, mujeres y niños inocentes para valerse de ellos como rehenes y como peones de su política. La práctica de tomar rehenes es contraria a todas las leyes internacionales, y no creo exagerar al decir que es contraria a todas las leyes humanas. ¿Cómo se podría justificar que hombres, mujeres y niños inocentes, que incluso discrepan quizá con la política del gobierno de quien dependen, puedan ser retenidos y servir de prendas en una negociación política? El representante de Argelia afirma que esto era normal en Occidente y que, al comenzar la segunda guerra mundial, Bélgica detuvo a belgas e incluso a alemanes, y que el Gobierno belga llevó a esas personas al sur de Francia. Es cierto: a comienzos de 1940 detuvimos a belgas y alemanes a quienes considerábamos como agentes de la quinta columna; pero ¿en qué momento esa gente — a quienes teníamos por culpables de atentar contra la seguridad del Estado —, en qué momento han sido mirados como rehenes por el Gobierno belga? Puedo decir al representante de Argelia que sus declaraciones no reflejan la verdad.

La verdad es que la situación de Stanleyville fue empeorando y agravándose cada vez más. Se detuvo a belgas y norteamericanos; se los persiguió, se los amenazó, se los sometió a humillaciones, y por último fueron encarcelados.

17. El representante de Ghana ha osado hacer — desde este lugar — la pregunta siguiente: ¿Quién estaba amenazado en Stanleyville, y por quién? En verdad, el que alguien que desea intervenir en un debate como éste se atreva a lanzar tal pregunta es de lo más extraordinario. ¿Quién estaba amenazado en Stanleyville? Mil quinientos extranjeros. ¿Por quién estaban amenazados? Por las autoridades rebeldes. Esa es la respuesta clara a tan extraordinaria pregunta.

18. Quisiera decir a ustedes cuánto aumentó nuestra inquietud. Tengo aquí, en mi cartera, los mensajes enviados desde Stanleyville, es decir, por las autoridades rebeldes, entre el 28 de octubre y el 23 de noviembre; esta última fecha fue la víspera del descenso de las tropas paracaidistas belgas.

19. El 29 de octubre, la Cruz Roja Internacional, en su respuesta a una carta del Presidente Tshombé, hace saber que, pese a varias semanas de esfuerzos, no ha recibido del gobierno insurgente la autorización para enviar un observador a Stanleyville. Esta gestión sigue a un endurecimiento de la actitud de las autoridades rebeldes hacia los extranjeros. En efecto, los servicios de escucha del Gobierno congolés captan un radiomensaje del general Olonga en el que se pide a los comandantes regionales que pongan bajo arresto domiciliario a todos los extranjeros de sus zonas, y en Stanleyville se adopta idéntica medida. El 30 de octubre se intercepta el mensaje siguiente: "No podemos en adelante garantizar la vida de los súbditos belgas y norteamericanos."

20. El 2 de noviembre, en radiomensajes dirigidos a los Sres. Nkrumah, Ben Bella, Nasser y Sékou Touré, Gbenye amenaza con practicar la política de "tierra quemada":

"El ejército popular de liberación — dice — ha protegido siempre a los extranjeros, pero no seguirá haciéndolo con los súbditos de ciertos países cuyos gobiernos ayudan al imperialista Moïse Tshombé."

21. El 5 de noviembre, el "presidente" Gbenye comunica: "Debido a los bombardeos... — señores, les aseguro formalmente que no hubo ni un solo bombardeo de Stanleyville antes del 24 de noviembre —, debido a los bombardeos, todos los norteamericanos y belgas que se hallan en las regiones liberadas se consideran como prisioneros de guerra."

22. El 18 de noviembre, Gbenye dice:

"Las negociaciones referentes a los prisioneros de guerra han de ser cuestión de días y no de semanas, porque hay que respetar la voluntad del pueblo, expresada en pro de la ejecución del mayor Carlson."

23. El 20 de noviembre, Gbenye dice por radio: "Al primer ataque contra Stanleyville, el mayor Carlson será ejecutado."

24. Por último, el 21 de noviembre: "Las tropas norteamericanas y belgas nos han atacado; la paciencia del pueblo tiene límites. El gobierno popular se

ha llevado de Stanleyville a los ciudadanos belgas y norteamericanos."

25. Y el 23 de noviembre, un mensaje que yo conocía desde el 22, un mensaje que me avergonzaría citar textualmente y en el que el llamado "presidente" Gbenye amenazaba con "devorar" a los prisioneros extranjeros o poner ante sus puertas barriles de gasolina para asarlos vivos.

26. ¿Teníamos o no motivo para inquietarnos? ¿Teníamos o no motivo para preocuparnos por la suerte de nuestros compatriotas?

27. Me dicen, y es un argumento de cierto peso, que nadie fue muerto en Stanleyville antes del 24 de noviembre. Es verdad, o, mejor dicho, se mató a una sola persona, y en las tragedias que nos ha tocado vivir la muerte de una persona es, por desgracia, tan poca cosa, que apenas se menciona ya; pero es verdad también que, antes del 24 de noviembre, en toda la región ocupada por los rebeldes, se dio muerte a muchas personas, a menudo de un modo atroz. No sé cuántas habrán sido, pero probablemente varias docenas.

28. Tengo mi archivo de horrores. No pienso utilizarlo, ni abrirlo siquiera, con tal que — eso sí — nadie ponga en duda, por lo menos en general, lo que ha ocurrido. Y ¿por qué no voy a abrir mi archivo de horrores? Porque no quiero contribuir, ni aun en defensa de una causa buena y justa, a que entre blancos y negros se ahonde todavía más el foso que hoy existe; porque no quiero, ni aun para valirme de un argumento que causaría sensación, arriesgarme a atizar todavía más ese sentimiento de antagonismo racial que con gran pesar nuestro empieza a notarse. No quiero hacerlo porque tengo amigos africanos a quienes respeto y porque, hasta el último instante y hasta el último esfuerzo, no quiero separarme de ellos exhibiendo estos detalles espantosos.

29. No lo haré, además, porque debo expresar una dolorosa confesión. Desde la segunda guerra mundial, los blancos no tienen ya, por desdicha, fuerza moral para dar consejos ni lecciones referentes a los horrores humanos. Desde lo de Buchenwald y Auschwitz, nadie que sea de raza blanca tiene derecho a ello. Creo sinceramente que nunca hay razas culpables. Creo sinceramente que ni siquiera hay pueblos culpables. Creo sinceramente que sólo hay hombres extraviados y hombres despreciables. Hitler era un hombre despreciable; y lamento decir que Gbenye también lo es.

30. El hombre que envió el telegrama que acabo de mencionar es el mismo que se atrevió a escribir el 14 de noviembre de este año — 10 días antes del lanzamiento de paracaidistas sobre Stanleyville — en su periódico Le Martyr:

"Tenemos en nuestras manos a más de 300 norteamericanos y más de 800 belgas, que han sido sometidos a arresto domiciliario y puestos en lugar seguro. Al menor bombardeo de nuestra zona o de nuestra capital revolucionaria, un viajecito al otro barrio bastará; es decir, se los matará a todos."

Y — pido perdón a mis amigos negros, a quienes respeto — en el mismo artículo, el mismo individuo escribía esto: "Nos haremos fetiches con los corazos"

nes de norteamericanos y belgas y nos vestiremos con su piel."

31. ¿Creen ustedes de veras que no teníamos motivo de inquietud? Y — pregunto yo — ¿quién de esta asamblea osaría cargar con la responsabilidad de defender a un hombre que escribió o dijo semejantes cosas? Porque el asumir la responsabilidad de defenderle es asumir también la responsabilidad de las consecuencias de sus atroces y monstruosas provocaciones. En efecto, frases como esas, leídas por desdichados fanáticos, ¿a qué podían conducir en realidad sino a una tragedia?

32. Aunque no deseo mezclarme demasiado en los asuntos internos de Africa, me permito de todos modos preguntar si no es una curiosa aberración convertir a semejante hombre en símbolo del nacionalismo africano. Creo que la cuestión merece plantearse, y que habría que meditar en ella.

33. Las vidas de los extranjeros corrían verdadero peligro. Todo cuanto supimos luego en Stanleyville y en Paulis confirmó nuestros pronósticos más sombríos. ¿Qué se debía hacer? "Nada — dijeron algunos —, correr el riesgo de permitir que los asesinen." O bien correr el riesgo — yo sabía que era un riesgo, y hoy lo sé aún mejor — de intentar salvarlos.

34. Era un riesgo porque la operación es una manobra compleja de paracaidismo y porque — créanme ustedes que habíamos pensado en ello — estábamos ante una alternativa cuyos peligros percibíamos claramente: o bien — si decidíamos realizar la operación — podíamos llegar demasiado tarde, y entonces no serviría de nada, o bien, como alguien dijo con acierto, al desencadenar la operación de paracaidismo podíamos desencadenar al mismo tiempo el drama que temíamos. Créanme ustedes, habíamos pensado en ello y sopesamos cuidadosamente todas las hipótesis. Antes de decidir realizar la operación de paracaidismo agotamos todos los medios de que disponíamos para conseguir la liberación de los extranjeros en manos de los rebeldes. Nos dirigimos a todas las organizaciones internacionales que podían ayudarnos, a las Naciones Unidas, a la Organización de la Unidad Africana (OUA), a la Cruz Roja Internacional. Nos dirigimos a todos los jefes de Estado africanos, y muchos de ellos comprendieron nuestros problemas y nuestra ansiedad. Nos dirigimos personalmente a las autoridades de Stanleyville, y, como dije a ustedes luego, tenía acaso ciertos motivos para esperar algo de sensatez y de humanidad por parte del señor Gbenye. Todo esto no produjo resultado alguno.

35. Se nos dice que actuamos demasiado pronto, que la Comisión Especial de la OUA, en Nairobi, iba a tener éxito. No pienso discutir con los miembros de la Comisión de la OUA. Luego diré lo que creo al respecto; pero en verdad, por todo lo que sé, no me parece que la negociación iniciada el 22 de noviembre en Nairobi pudiese dar resultado, porque sobrevino lo que era de prever: que las autoridades rebeldes de Stanleyville han querido realmente negociar a los rehenes. Cuando el Embajador de los Estados Unidos intentó conseguir del Sr. Kanza la liberación de aquellos inocentes — que no otro era el objetivo de su misión —, el Sr. Kanza respondió poniendo con-

diciones políticas: primero había que conseguir que cesara el fuego. Ni el Gobierno de los Estados Unidos (permítame decirlo ese Gobierno) ni el Gobierno belga eran capaces de conseguir el 22 de noviembre que cesase el fuego. Sólo el Gobierno de Leopoldville hubiera podido decidir un alto el fuego, y no creo revelar ningún secreto si digo que no estaba dispuesto a concederlo. Su ejército estaba a las puertas de Stanleyville; había avanzado casi sin obstáculos hasta esa ciudad desde Kindu; no había medio de obtener aquel día del Sr. Tshombé que detuviese su avance y que aceptara un regateo político referente a los blancos o los extranjeros de Stanleyville.

36. Para adoptar nuestra decisión definitiva hemos aguardado hasta el último instante posible. Es cierto que fuimos desde Bélgica hasta Ascensión, donde los ingleses nos habían brindado hospitalidad. No quisimos acudir en seguida al Congo porque hasta el último minuto — créanme ustedes o no, pero estoy seguro de que casi todos me creerán —, hasta el último instante, tuvimos la esperanza de no vernos obligados a actuar. Detuvimos a los paracaidistas belgas en Ascensión, y luego, notando que la situación se agravaba cada vez más, advertidos por todas las nuevas que nos llegaban de la zona rebelde, decidimos dar un salto adelante; es cierto, y transportamos a los soldados belgas a Kamina.

37. Confieso a ustedes que cuando en la tarde del día 22 me mostraron el telegrama del Sr. Gbenye, al que ya aludí, estuve preguntándome durante más de una hora: ¿puedo aguardar todavía? Pese a todo, como no estábamos seguros de que en el último instante no se produjese un milagro, seguimos aguardando 24 horas más; y sólo al expirar la jornada del 23 fue cuando decidimos, norteamericanos y belgas, que los paracaidistas serían lanzados sobre Stanleyville al amanecer del 24. ¿Por qué al amanecer del 24? Este es el único punto de mi alegato donde mis adversarios podrían hallar un argumento; pero ese argumento va a esfumarse ante la explicación que voy a dar. ¿Por qué al amanecer del 24? Porque desde que afrontamos este asunto nos veníamos preguntando cuál sería el momento crítico para los extranjeros de Stanleyville, y qué instante el Sr. Gbenye y sus cómplices ejecutarían sus amenazas. Por desgracia teníamos ya cierta experiencia de lo que podía ocurrir, sobre todo en Kindu. En Kindu no hubo operación de paracaidistas, pero los extranjeros de aquella localidad, los belgas sobre todo (porque eran belgas la mayoría de los extranjeros de Kindu) fueron salvados, aunque sólo en el último momento. Todos ellos habían sido encarcelados y amenazados del modo más directo, y sólo la pronta llegada de tropas del Ejército Nacional congolés les permitió salvarse. Lo que creímos y temíamos era que el Ejército Nacional congolés tuviese que empezar a pelear apenas llegase a las afueras de Stanleyville. No sabíamos si ganaría esa batalla; no sabíamos cuántas horas, o cuántos días quizá, pudiera durar aquélla; y creíamos que ése era el momento en que las vidas de los extranjeros correrían mayor peligro. Por eso elegimos aquel instante concreto para lanzar a los paracaidistas sobre la ciudad, y por eso corrimos todos los riesgos que ello representaba.

38. Varios oradores han dicho que somos nosotros los responsables de la matanza que sobrevino en Stanleyville. A mí distinguidos adversarios quisiera decirles que aceptamos esa responsabilidad y que responderemos ante nuestros propios compatriotas. No nos agobia la conciencia, porque todos o casi todos los extranjeros liberados en Stanleyville nos han expresado su convencimiento de que, de no haberse realizado la operación, se les hubiese dado muerte. Naturalmente, lamento — y mucho — la suerte de las víctimas de Stanleyville; pero ¿pueden ustedes decirme en qué situación se verían los hombres responsables de los Estados Unidos y de Bélgica si no hubiéramos decidido emprender la operación y se hubiese asesinado a docenas de extranjeros en Stanleyville? Entonces sí que nos hubiera remordido la conciencia, pues hubiésemos tenido que vivir sabiendo que habríamos podido salvarlos y que, por no atrevernos a cargar con la responsabilidad política, permitimos que los matasen.

39. Hicimos una segunda operación en Paulis. La realizamos al cabo, también, de muchas vacilaciones, pues la empresa era mucho más difícil que la de Stanleyville desde el punto de vista militar. Pero de todos modos nos decidimos porque las noticias que nos llegaban de Paulis eran verdaderamente inquietantes y, si quieren ustedes que abra mi archivo de horrores, les demostraré que teníamos razones de alarma. Enviamos algunos paracaidistas a Paulis, la mitad del grupo aproximadamente. Descendieron en el aeródromo y cumplieron su misión: poner en libertad y salvar a varios centenares de extranjeros, todos los cuales nos han manifestado su gratitud por el riesgo adicional que habíamos corrido.

40. El día 24 aterrizábamos en Stanleyville. El 27 todos estaban de regreso en Kamina, y el 29 no quedaba ya en suelo congolés ni un solo paracaidista belga de los enviados a Stanleyville o a Paulis. La operación de salvamento había terminado.

41. Tales son los hechos. Eso es lo que ocurrió, y esa fue la evolución psicológica y material de toda esta aventura. Aseguro a ustedes que es sumamente penoso, sumamente doloroso, cuando uno conoce la verdad por haber vivido los acontecimientos, oír que se ponen en tela de juicio sus intenciones y que se le atribuyen ideas que no se le han ocurrido ni por asomo.

42. Afirman nuestros adversarios que se trata de una agresión premeditada. Premeditada, ¿con qué fin?

43. Abandonamos Paulis, que habíamos ocupado cuando no había ni un soldado del ejército congolés en más de 300 kilómetros a la redonda y cuando, si hubiésemos querido actuar para ayudar al ejército nacional congolés, hubiéramos podido atrincherarnos en aquel aeródromo y aguardar su llegada. En ningún momento se pensó en enviar soldados del ejército nacional congolés a Paulis para aprovechar el lanzamiento de paracaidistas belgas y, tan pronto como se hubo liberado y evacuado a los 300 ó 400 extranjeros de Paulis, abandonamos la ciudad sin aguardar más. ¿Es ésa la actitud de un gobierno que emprende una operación militar?

44. Salimos de Stanleyville cuando aún se libraban combates, cuando el brusco abandono del aeródromo

que habían ocupado los paracaidistas creaba probablemente difíciles problemas al ejército nacional congolés. Ni por un momento pensamos en quedarnos para permitirle tomar definitivamente la ciudad, consolidar lo que creía ser su victoria. Partimos, abandonando el aeródromo; los combates persistieron varios días más y, que yo sepa, no han terminado del todo hoy. Salimos del Congo con todas las tropas aerotransportadas cuando, por desgracia — y luego volveré sobre esto —, la guerra civil del Congo distaba mucho de haber terminado.

45. ¿Cómo, entonces, se puede sostener de buena fe y razonablemente que se trató de una operación militar?

46. Hemos utilizado la expresión "operación humanitaria", que a nuestros adversarios inspira sarcasmo.

47. Debo admitir que han encontrado un argumento que yo no me esperaba. Afirman que la prueba de que no era una operación humanitaria es que había aún extranjeros — belgas, sobre todo — en la región nordeste del Congo, y que los abandonamos a su suerte. Por consiguiente — aseveran — está claro que no fue una operación humanitaria.

48. Me pregunto qué habrían dicho mis antagonistas si hubiésemos permanecido días, o acaso semanas, en el Congo para salvar hasta el último extranjero.

49. Muchos gobiernos a quienes explicamos la situación el día de la operación de Stanleyville nos dijeron que comprendían nuestra actuación, pero nos instaron a no quedarnos, a marcharnos en cuanto los extranjeros quedasen a salvo.

50. Como está coincidir por completo con lo que nos proponíamos hacer, no nos costó trabajo satisfacer sus deseos. Pero es verdad, no obstante, que el sector nordeste del Congo no ha sido aún — ¿cómo diría yo? — completamente evacuado por los belgas o los blancos que allí están. Piensen ustedes por un instante en qué posición me vería yo si en estos momentos los paracaidistas belgas estuviesen todavía en el Congo. Verdad es que nos marchamos, debido a que era imposible salvar mediante una nueva operación con paracaidistas a los belgas y a los extranjeros que permanecían en la región del nordeste del país. No hubiésemos podido hacerlo con los 400 hombres que enviamos; se hubiesen necesitado varios miles de hombres. ¿Por qué pudimos actuar en Stanleyville y en Paulis? Pues porque tanto los belgas como los extranjeros se hallaban concentrados allí, porque había más de 1.500 en la propia Stanleyville, porque había cerca de 400 en Paulis y porque existía la posibilidad — aterrizando en aeródromos utilizables — de realizar la operación en pocas horas.

51. Pero en la región del nordeste los belgas y los extranjeros están diseminados en centenares de kilómetros. Hubiéramos tenido que aterrizar con equipo completo, con hombres que hubiesen tenido que franquear de 200 a 300 kilómetros entre la maleza. Tarea imposible con 400 hombres. Hubiéramos tenido que aterrizar con millares de ellos, y emprender una operación que, además de no haber terminado en esa fecha, habría sido enteramente contraria al espíritu que quisimos dar a la operación.

52. Por último, el atreverse a sostener que se trató de una agresión premeditada es realmente discutir la evidencia. En general, ningún agresor anuncia sus planes. Ahora bien, bastaría leer la carta que el 21 de noviembre envió el Sr. Loridan, Representante Permanente de Bélgica, al Secretario General de las Naciones Unidas [S/6055]^{1/}, para percatarse de que era posible que la operación se realizase. Me pregunto qué habrán entendido de esa carta los que la leyeron, y sobre todo del siguiente párrafo:

"Se han adoptado medidas preparatorias, en consulta con el Gobierno congolés y a su petición, por si fuere necesario evacuar a los rehenes."

53. ¿Qué habrán podido figurarse los lectores de la carta, cuando ya era sabido que los paracaidistas belgas estaban en Ascensión, cuando la prensa mundial lo había anunciado así y cuando nuestro representante permanente en Nueva York indicaba que, de agravarse la situación, tendríamos que tomar medidas excepcionales? En verdad, los Estados Miembros que hoy protestan y afirman que hubo agresión premeditada no han comprendido que anunciábamos — de un modo indirecto, pero muy claro — que íbamos a actuar. Si hubiésemos premeditado cualquier agresión con fines militares, ¿puede concebirse que nos hubiéramos comportado así?

54. Hay, por último, otro argumento, un argumento que me hiere y que se ha repetido aquí todo el día, en un discurso tras otro, en términos cada vez más violentos e injuriosos: el de que toda la operación de Paulis demuestra un espíritu racista; que los belgas en todo caso — y los norteamericanos probablemente — no tienen idea del gran movimiento que se ha producido en el mundo, y que hacemos un distinguo que sería — si lo hiciésemos — un distinguo abominable entre la vida de unos y la de otros. Hemos escuchado frases tan trilladas como la de que "un blanco vale por dos negros" y que "la sangre de los negros es tan roja como la de los blancos".

55. Eso lo sabemos, claro está; pero ¿qué se quería que hiciéramos? ¿Que realizásemos una operación — y ésta sí que sería militar — para restablecer el orden en Stanleyville con arreglo a nuestras ideas políticas, y que interviniésemos de un modo decisivo? ¿Qué se habría dicho de nosotros si hubiésemos procedido así?

56. No, no creemos que un blanco valga por dos negros, ni que la sangre de un blanco sea más preciosa que la de un negro; pero el Gobierno belga tenía especial responsabilidad para con los hombres, mujeres y niños belgas que él había enviado al Congo. En efecto, ¿quiénes son esos belgas que hemos salvado? Son nuestros auxiliares técnicos, nuestros maestros, veterinarios, médicos, todos cuantos han ayudado al Gobierno congolés a solventar los problemas que se le planteaban. Partieron a petición nuestra y la responsabilidad especial que para con ellos teníamos nos obligaba a un esfuerzo también especial.

57. ¿Acaso es cierto que en la operación de salvamento hayamos hecho distinguo entre blancos y gentes de color? Eso es completamente falso; entre las per-

sonas evacuadas de Stanleyville había 400 indios y pakistanos, por lo menos, y más de 200 congolese. Y debo decir que lo que nos obligó a suspender la evacuación de los propios congolese fue la intervención del Gobierno de Leopoldville, que por razones que él mismo explicará no permitió que prosiguiese la evacuación de los congolese.

58. Esta es la verdad de la operación que algunos llaman "racial".

59. Por último, y aunque ello no se haya dicho claramente, se acusa a las tropas belgas — en términos vagos y ambiguos — de haber cometido matanzas. Me veo obligado a decir que quienes lanzan esa acusación deforman deliberadamente la verdad: confunden la acción del ejército nacional congolés, y quizá de los mercenarios, con la acción de los soldados belgas que descendieron en paracaídas sobre Stanleyville. Sé que esto no impresionará mucho a ustedes, pero el día en que se tomó la decisión vi al oficial que iba a mandar la operación y le insté enérgicamente en estos términos: "Le ruego que no use las armas, a menos que sea para liberar a personas en peligro o en caso de legítima defensa."

60. Todo cuanto he sabido me permite afirmar que el número de rebeldes muertos por las tropas belgas es, no diré que insignificante, pues conozco cuán odioso y cruel es calificar de "insignificante" la muerte de incluso una sola persona, pero sí ínfimo, y cuando se habla de las matanzas que están todavía ocurriendo en el Congo, que son resultados de la horrible guerra intestina entre los propios congolese. Guerra horrible por parte de los rebeldes, y a veces — debo reconocerlo — horrible también en las represalias contra los rebeldes. Estoy convencido de que el problema está en intentar poner fin a esa situación.

61. Deseo decir, una vez por todas, que el problema de los mercenarios es un problema que hay que resolver con el Gobierno de Leopoldville. Deben discutirlo la OUA y el Sr. Tshombé; el Gobierno belga no tiene responsabilidad alguna en el reclutamiento de mercenarios. Hacemos lo posible por impedir que los belgas se alistaran como mercenarios en el ejército nacional congolés; sabemos los peligros que ello representa, pero también hemos de reconocer que la acción contra los mercenarios es muy difícil de realizar, porque llegan al Congo por las vías más diversas y dando grandes rodeos.

62. Esto es lo que tenía que decir sobre la operación de Stanleyville. Sé cómo ocurrieron las cosas y lo sé mejor, mucho mejor, que cualquiera de los oradores que me precedieron. Sé en qué condiciones, sumamente difíciles y penosas, hemos tenido que adoptar nuestra decisión. Dije a la cámara belga el 24 de noviembre, al anunciar la operación, que la responsabilidad que habría asumido era sin duda de las mayores, quizá la mayor de todas las que había aceptado en toda mi vida política. Y hoy sigo creyendo lo mismo. Dije — en momentos en que aún no sabía cómo iba a terminar la operación, pero cuando ya estaba enterado de la matanza ocurrida aquella mañana en Stanleyville — que no sabía cómo se enjuiciaría en definitiva mi acción, pero que mi conciencia — y lo repito aquí, ante esta audiencia internacional —

^{1/} Actas Oficiales del Consejo de Seguridad, Decimonoveno Año, Suplemento de octubre, noviembre y diciembre de 1964.

está tranquila y que tengo la certeza de que al asumir esas responsabilidades cumplí con mi deber.

63. Ahora quisiera situar este incidente de Stanleyville en el marco de la política belga en el Congo y demostrar a ustedes que la idea de agresión es contraria a todo cuanto he hecho o intentado hacer.

64. Sin embargo, debo antes responder a un aserto hecho aquí por el representante de Ghana, que, refiriéndose a mi país, habló de un siglo de crueldades perpetradas contra los congolese. No sé si el representante de Ghana conoce bien la historia del Congo. A mi entender, cualquier período histórico tiene páginas de esplendor y páginas sombrías, y jamás intentaré sostener que el fenómeno del colonialismo, lo mismo en el siglo XVIII que en el XIX, y hasta en el XX, sólo haya tenido páginas de gloria; bien sé que es un período terminado, felizmente terminado, diría yo. Lo que sé también y me hace creer que el representante de Ghana exagera es que la gran mayoría de los congolese que conozco — y conozco a muchos — han manifestado siempre su intención y deseo de seguir viviendo en buenas relaciones con los belgas. Y si realmente su pudiese resumir la historia colonial belga con las palabras "un siglo de crueldades", no creo que ese sentimiento de amistad hubiera podido sobrevivir a todos los acontecimientos que hemos presenciado.

65. A comienzos de este año fui a Leopoldville, y el recibimiento me conmovió vivamente. Paseé por la ciudad, hablé ante muchedumbres, me recibieron los burgomaestres de la ciudad en los distintos barrios; todos, sin excepción, me dijeron cuánto se alegraban de mi visita — el primer ministro belga que volvía al Congo desde los acontecimientos de 1960 —, cómo esperaban que esto fuese el comienzo de una nueva era, y me aseguraron — en términos a veces muy exagerados — que el Congo no podía vivir sin la ayuda y la amistad de los belgas. Me sentí profundamente conmovido y regresé a mi país resuelto a realizar otro esfuerzo más para ayudar al Congo a salir de apuros.

66. Conocí al Sr. Adoula, conozco al Sr. Tshombé y tuve trato con el Sr. Gbenye. Entablé contacto con otros muchos políticos congolese. A ninguno de ellos of hablar de otra manera. Acaso el más vehementemente, cuando me lo encontré en Bruselas en agosto último — y hoy tengo que creer que quizá no era del todo sincero —, fue el Sr. Gbenye, quien entre otras cosas me dijo lo siguiente (y doy a ustedes mi palabra de honor de que es cierto), cuando hablábamos de lo que habría que hacer en el Congo: "Lo que hay que hacer en el Congo es muy sencillo: restablecer la administración belga tal como era antes de 1960; en un Congo independiente, por supuesto." No pedía yo tanto, ni por lo demás soy capaz de hacerlo.

67. De todos modos, antes de sentar juicios históricos tan violentos y — permítaseme decirlo — tan injuriosos como el que oímos, ¿no se debiera — cuando uno tiene la honra y la responsabilidad de hablar ante una asamblea y un tribunal como éstos —, no se debiera, digo, pesar un poco las palabras y expresarse ante el Consejo de Seguridad en términos distintos de los que se usarían en una reunión política en el propio país?

68. Lo que intenté hacer en el Congo era ayudar al Gobierno de Leopoldville, sobre todo poniendo fin a la secesión de Katanga; aportar al Gobierno del Congo asistencia técnica y, al cabo de muchas vacilaciones, ayuda técnica militar. Al comenzar los disturbios, al surgir la rebelión, siempre proclamé la idea de que era una solución política la que había que hallar, y que no existe solución militar para la rebelión del Congo. Así lo hice cuando el Sr. Adoula era primer ministro, y también cuando lo fue el Sr. Tshombé. Por último, he buscado un apoyo africano a la política exterior de Bélgica en el Congo, con la esperanza de que, mediante sanas relaciones con la Organización de la Unidad Africana, se comprendiese en África lo que he querido hacer.

69. Todo esto discrepa por completo de la idea de una agresión militar. Y ahora, si me lo permiten, me ocuparé brevemente de algunos de estos puntos.

70. Quise ayudar al Gobierno de Leopoldville. Hago constar que condeno sin ambages la secesión de Katanga. Recuerdo las dificultades, las discusiones, molestias y divergencias que tuve durante meses y meses con el Sr. Tshombé, y los esfuerzos que hice, todos los esfuerzos que realicé, para sostener el plan^{2/} elaborado por el Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas, U Thant. Puedo afirmar que si por fin la secesión de Katanga terminó en condiciones más o menos aceptables, se debe en parte a mis esfuerzos.

71. Nada diré de la ayuda técnica aportada por Bélgica al Congo, pero sí quiero detenerme un momento en la ayuda técnica militar, porque a mi entender suscita tres cuestiones: primero, lo que se denomina injerencia de Bélgica en los asuntos del Congo; segundo — y lamento decirlo —, cierta responsabilidad de los países africanos; tercero, el límite de dicha ayuda.

72. Creo que hay que poner fin a un equívoco y — perdón por decirlo — a cierto grado de hipocresía. Quisiera comprender de una vez qué es lo que se quiere decir con el principio de no injerencia en los asuntos internos de un país. Como no deseo entregarme a polémicas, no citaré ninguno de los ejemplos que a mi juicio requieren alguna explicación; me limitaré a decir cómo entiendo yo la no injerencia.

73. No existe injerencia en los asuntos internos de un país cuando se aporta al gobierno legítimo de ese país la ayuda que dicho gobierno reclama. Hay injerencia en los asuntos internos de un país cuando se presta apoyo a la rebelión o la revolución contra el gobierno legítimo. Si alguien tiene otra explicación o definición que proponer de la no injerencia, deseo que lo haga, pues creo que por el propio interés de las Naciones Unidas debiéramos enterarnos de una vez de lo que significa la no injerencia.

74. Ahora bien, todos reconocieron al Gobierno de Adoula, y lo que todavía no alcanzo a comprender es que, hoy, hasta los países que peor hablan del señor Tshombé lo han reconocido. Que yo sepa, las delegaciones que se han sucedido ante este tribunal mantienen relaciones diplomáticas normales con el

^{2/} Ibid., Decimoséptimo Año, Suplemento de octubre, noviembre y diciembre de 1962, documento S/5057/Add.13.

Gobierno de Tshombé. Como ha recordado el representante de la Costa de Marfil [1170a. sesión], el Gobierno congolés de los Sres. Kasa-Vubu y Tshombé es el gobierno legítimo y está representado en las Naciones Unidas y en la Organización de la Unidad Africana. Siendo así, ¿qué hay que esperar de un gobierno como el Gobierno belga? Supongamos que éste dice: "Doy ayuda técnica, y hasta militar, al Gobierno de Adoula. El gobierno cambia, llega otro político. Muy bien, suspendo la ayuda técnica, porque no me gusta el nuevo gobierno; porque en el Congo tengo a mi hombre, llamémosle X o Y, y si mi hombre no está en el poder, si es V o W quien lo ostenta ahora, retiro la ayuda que estaba prestando a X o Y."

75. ¿No es eso injerirse en los asuntos internos de un país? El único modo de que un Gobierno como el de Bélgica pueda conceder su ayuda técnica sin entrometerse en los asuntos internos, es no preocupándose de saber quién es primer ministro y quién está en el gobierno. Quisiera, repito, que esto quede bien claro.

76. Digo que en materia de ayuda militar — y no me alegra decirlo — hay cierta medida de responsabilidad africana. En diciembre de 1962, el Sr. Adoula, dirigiéndose a las Naciones Unidas, dijo algo que todo el mundo sabía: "Mi ejército está mal organizado. Las Naciones Unidas se marcharán del Congo algún día; necesito un ejército bien organizado, y quisiera organizarlo bajo la égida de las Naciones Unidas." La idea era buena: ciertamente, fue un consejo que me permití dar al Sr. Adoula. ¿Por qué no se realizó esa reorganización del ejército congolés, que era una necesidad primordial y preferente? Todos conocen la respuesta: porque una serie de países africanos se opusieron, y es sabido que quienes más se enfrentaron a esta petición del primer ministro congolés fueron la República Árabe Unida, Ghana, Malí, Guinea; precisamente los países que con mayor violencia se han expresado aquí sobre la situación del Congo. Si en 1962, en lugar de rechazar la petición del Sr. Adoula, le hubiesen ayudado con ese espíritu de fraternidad africana de que tanto hablan y que aquel día hubieran debido manifestar, no hubieran sobrevenido tantos trastornos y tantas cosas lamentables.

77. Por esos países, el Secretario General tuvo que decir al Sr. Adoula que le era imposible dar a los esfuerzos de organización militar del Congo la bendición o el apoyo de las Naciones Unidas. El Sr. Adoula se vio, pues, reducido a concertar acuerdos bilaterales. Recurrió a Bélgica, y Bélgica respondió al llamamiento del Congo.

78. El 27 de mayo de 1963 me recibió U Thant, a quien expliqué la situación un tanto difícil en que me hallaba. Le dije: "Estamos en mayo del 63; las tropas de las Naciones Unidas saldrán del Congo el 30 de junio; el gobierno del Sr. Adoula está en apuros. ¿Cree usted que puedo hacer algo y que, si lo hago, no contravendrá la ley de las Naciones Unidas?" Creo poder decir que, aunque no encontré aprobación directa, tampoco se me hicieron objeciones de principio. De todos modos, yo actuaba públicamente, y ningún país Miembro de la Organización de las Naciones Unidas — ninguno, en absoluto — puede alegar

que le sorprendieron y que no estaba enterado del esfuerzo que los belgas pensaban hacer.

79. Se trataba de un esfuerzo limitado: ¿y por qué no iba a permitírseme realizar ese esfuerzo limitado, cuando lo habían pedido y obtenido la mayoría de los países africanos en el período que siguió a su independencia? Además, tropas francesas e inglesas ayudaron a países africanos que las pidieron: ¿por qué iba a ser el Congo la excepción de la norma?

80. Naturalmente, quise limitar ese esfuerzo. Dijimos al Sr. Adoula: "Por supuesto, esto nos costará trabajo, pero queremos intentar robustecer la estructura administrativa del ejército congolés; deseamos intentar resolver sus problemas de logística; queremos ayudarlos a crear centros de instrucción."

81. Verdad es que luego, al agravarse la situación, el Sr. Adoula añadió otra petición que nos hizo reflexionar mucho antes de acceder a ella; nos pidió que enviásemos aviadores. Nuestra respuesta al Sr. Adoula fue: "Nos percatamos de que necesita trasladarse rápidamente de un sitio a otro, pues su ejército tiene muy pocas unidades seguras; queremos ayudarle a transportar tropas, pero no habrá participación belga en operaciones de bombardeo y ametrallamiento." E insistió, seguro de que nadie puede contradecirme, en que ningún aviador belga intervino en operación alguna de ametrallamiento o bombardeo en el Congo. Ese es el grado en que hemos prestado ayuda técnica militar.

82. Pero eso no es todo: dicha asistencia técnica militar hay que mirarla en su marco político. Las cosas se habían complicado ya mucho en el Congo al estallar la rebelión.

83. Aquí creo necesario aclarar un equívoco, que más bien es un error histórico realmente craso: el error de quienes aparentan — no puedo emplear otra palabra — creer que la actual revuelta en el Congo es una revuelta contra el Sr. Tshombé y su Gobierno. La verdad, la triste verdad, es que esa revuelta estalló cuando era Primer Ministro el Sr. Adoula; estalló primero en Kwilu, a comienzos de 1964, y luego en Kivu, siendo Primer Ministro el Sr. Adoula. Seamos justos: el Sr. Tshombé se encontró ese legado al asumir el poder.

84. Desde que sobrevino la rebelión me percaté perfectamente de los peligros y dificultades que Bélgica iba a tener que vencer. Desde aquel momento no dejé de repetir al Sr. Adoula que la solución militar era mala, o, mejor dicho, que no había solución militar para el problema de la revuelta: lo acertado era buscar una solución política.

85. Debo excusarme por hablar tanto tiempo — aunque, al fin y al cabo, estoy solo contra todos —, pero quisiera leer en este punto algunos pasajes de una carta escrita el 12 de junio de 1964, en momentos en que mal podría haberse redactado para acomodarse a las necesidades de una causa que me vería llamado a defender seis meses después, y espero que así lo entiendan todos. No soy profeta. Sin embargo, esa carta indica claramente el espíritu que me animaba a cooperar con el Gobierno del Sr. Adoula.

86. En carta al Sr. Adoula (a quien escribía de vez en cuando fuera de los conductos diplomáticos normales), le decía:

"En vista de cómo evoluciona la situación y de que Kivu y Kwilu son focos de revuelta, quizá desee el Gobierno congolés recibir ayuda de técnicos belgas para planear las operaciones que sin duda piensa realizar contra los rebeldes. Debo decirle con toda franqueza que una petición de esta índole me haría vacilar mucho. En efecto, una cosa es que un gobierno extranjero participe en el adiestramiento de las fuerzas del orden de otro país, y otra que intervenga directamente en operaciones sistemáticas de represión. En este último caso no se trataría ya de una misión objetiva de mejora de las fuerzas del orden que todo gobierno necesita, sino de prestar activo apoyo a una política y, por consiguiente, de compartir responsabilidades.

"Me he adentrado por una senda que puede traerme molestias, tanto en mi país como en el extranjero, si no actúo con mucha prudencia, tanto más cuanto que todas las informaciones que recibo coinciden en un punto, a saber, lo difícil que será reducir por medios meramente militares los actuales focos de insurrección. Creo que es mala política pensar sólo en medidas coercitivas, cuando se pueden conseguir soluciones políticas negociadas sin detrimento de lo esencial. Como le dije a menudo, creo que el Congo necesita de todas las energías del país para cumplir su gran destino, y se debe fomentar cualquier medida que permita esta cooperación de buenas voluntades. Aunque no puedo enjuiciar el valor exacto de las declaraciones de varios dirigentes congoleños hoy opuestos al gobierno de usted, ellos nos han comunicado su deseo de reconciliación y su afán de hallar solución pacífica a los problemas actualmente planteados. Por eso me parece tanto más difícil, en momentos en que los Sres. Tshombé, Soumialot y algunos representantes del CNL (Comité nacional de liberación) en Brazzaville se declaran dispuestos a discutir, el asociar más directamente a Bélgica a medidas puramente represivas. Por el contrario, todo cuanto pudiese ayudar a mantener el orden se vería facilitado por la impresión de que está realizándose una reconciliación nacional. A este respecto, creo que las medidas de amnistía previstas en el Plan Thant debieran adoptarse oficialmente."

87. Pregunto a ustedes, señores: ¿es ésta la carta de un hombre que prepara una agresión? ¿Es ésta la carta de un hombre que piensa intervenir militarmente en los asuntos del Congo? O bien, ¿es la carta de quien cree y sigue creyendo hoy que la única solución para los problemas del Congo es de índole política? Por desgracia — y ello demuestra que los belgas no somos tan influyentes sobre el Gobierno del Congo — el Sr. Adoula no tuvo a bien seguir los consejos que le di.

88. Después llegó al poder el Sr. Tshombé. Sé que hay una leyenda de que el Sr. Tshombé es el hombre de los belgas y norteamericanos. Puedo asegurar a ustedes que se trata de una leyenda, y desaffo a cualquiera a que exhiba el más insignificante indicio que permita deducir que el Gobierno belga ha desempeñado el menor papel en la sustitución del Sr. Adoula

por el Sr. Sshombé. Siempre he creído que la elección del Primer Ministro era prerrogativa del Presidente de la República congoleña, que yo no tenía por qué mezclarme y que no podía tener en el Congo a nadie que pareciese responder a nosotros. Porque yo sabía muy bien que tan pronto como alguien del Congo parece responder a los belgas o a los norteamericanos — y que los norteamericanos me perdonen —, ese hombre pierde las tres cuartas partes de su popularidad.

89. Por eso no tuve motivo alguno para intentar influir en la elección de Primer Ministro del Congo. Pero el caso es que el Sr. Tshombé llegó al poder. ¿Modifiqué acaso la política de Bélgica para con el Gobierno de Leopoldville? La he proseguido tal como era, y hasta la reforcé un poco en lo que atañe a la política de conciliación y de busca de una solución política.

90. Hubo, al fin y al cabo, un acontecimiento que ustedes conocen, ustedes los que con tanta violencia han atacado a Bélgica desde esta tribuna; y es que el 16 de agosto reuní en Bruselas a todos los embajadores de Africa, no sólo a los de los gobiernos que puedo llamar amigos — gobiernos que suelen aconsejarme con acierto —, sino incluso a los representantes y embajadores de gobiernos en general hostiles a la política belga. No quise hacer distinciones, para que nadie pudiese afirmar siquiera que intentaba dividir a los países africanos.

91. ¿Qué dije a estos embajadores de Africa? Supongo que tendrán ustedes en sus archivos, en sus respectivas capitales, los telegramas e informes que se enviaron. Dije — y esto era el 16 de agosto, cuando la revuelta se había extendido a Kwilu, Kivu y otros puntos — lo siguiente:

"Me siento a la vez sumamente sorprendido y preocupado al ver que los países africanos no reaccionan. No sé adónde vamos en el Congo, pero si las cosas siguen como hasta ahora estamos abocados a situaciones cada vez más graves, más y más difíciles, que sin duda perjudicarán al Congo y que pudieran ser nefastas también para toda Africa. Por ello ruego a ustedes que así lo comuniquen a sus gobiernos y que les pidan que actúen."

92. Seguramente fue coincidencia — pues no creo poseer tanta influencia en los asuntos mundiales —, pero el hecho es que pocos días después del 16 de agosto algunos gobiernos africanos decidieron reunirse en Addis Abeba a todos los países de Africa. Estábamos en el buen camino. Y cuando se supo el comunicado final de la sesión del Consejo de Ministros de la OUA en Addis Abeba declaré inmediatamente, en una comunicación pública, que me congratulaba de ello, que esperaba que la OUA tuviera éxito y que, de todos modos, me ponía a su disposición para colaborar con ella si lo estimaba necesario. Y confieso que en aquellos momentos creí que no sólo a los norteamericanos se interrogaría en Washington acerca de su política hacia el Congo, sino que también a los belgas se les pedirían explicaciones, explicaciones que yo estaba muy dispuesto a dar, que incluso deseaba dar, en mi afán de trabajar en estrecha cooperación con los países miembros de la OUA.

93. Este llamamiento a los países africanos, ¿es política propia de un hombre que planea una agresión?

94. Hice también algo más atrevido, quizá: pedí al Sr. Gbenye que acudiese a Bruselas. Digo que esto fue atrevido porque en aquellos momentos el Sr. Gbenye parecía ser el jefe rebelde y, en todo caso, el hombre que mandaba incluso al Sr. Soumilot. Afronté mi deber. Debo decir, de pasada, que lo notifiqué al Gobierno de Tshombé en estos términos: "Creo en la solución política; creo en la reconciliación; invito al Sr. Gbenye a venir a Bruselas, pues quiero hablar con él y, si hay posibilidad de servir de intermediario, no quiero desaprovecharla." El Sr. Gbenye acudió a Bruselas y — cosa extraordinaria en nuestros países democráticos y en la época actual — ese viaje fue, entre todo lo acaecido en mi vida política, la única cosa que pude mantener secreta. Como iba diciendo, el Sr. Gbenye fue a Bruselas. Nos entrevistamos dos veces, y nadie lo supo. Sostuvimos largas conversaciones. Escuché su punto de vista. Hace unos momentos dije a ustedes lo que él me había explicado sobre las relaciones con Bélgica. Yo a mi vez le expliqué cómo veía la situación. Nos separamos luego muy amigos y me despedí con estas palabras: "Seguiré en contacto con usted, porque después de este intercambio de opiniones se puede quizá intentar algo."

95. El 26 de agosto envié al embajador de Bélgica en Usumbura el telegrama siguiente:

"Como sabe, he tenido dos entrevistas con Gbenye en Bruselas. Transmito a usted por mensajero el contenido de las mismas. Se ha acordado que el Sr. Gbenye se mantendrá en contacto con usted y le prometí una nota que ruego a usted le envíe. Me propongo, pues, conseguir la aquiescencia de Gbenye y de sus amigos al texto antedicho y, a base de éste, suscitara una reunión con Tshombé."

96. ¿Es ésta la actitud de un hombre que prepara una agresión contra los rebeldes y contra el Congo?

97. No voy a leerles completa la nota que antes mencioné, porque es un poco larga; pero deseo indicarles aproximadamente lo esencial de los consejos que procuraba dar al Sr. Gbenye (y sé que no todo ello agrada al actual Gobierno del Congo):

I. Una solución militar del conflicto que divide al Congo parece imposible.

II. Si continúa la guerra civil, o si el Congo queda dividido entre dos o más autoridades, es muy probable que haya intervención extranjera en gran escala. Ni el Congo ni África tienen el menor interés en que surja otra Corea u otro Viet-Nam.

III. Por ser imposible — o en todo caso demasiado costosa — la solución militar, hay que buscar otra. Sólo hay una: la solución política basada en una reconciliación lo más amplia posible.

IV. La solución política podrá hallarse únicamente si las partes se abstienen de insertar en su acuerdo circunstancias anteriores; deberán concertar un programa positivo de acción.

V. Ninguna solución será completamente legal. Ni la lei fondamentale ni la nueva Constitución pueden aplicarse íntegramente. La legalidad de un nuevo gobierno provendrá de su existencia y de que será reconocido en el exterior. El objetivo es formar un gobierno que represente la unión más amplia posi-

ble. El Congo necesita de todos los hombres capaces, tanto en Leopoldville como en provincias.

VI. Habría que presentar esta fórmula como un arreglo transitorio, que duraría hasta que el país se tranquilizara del todo, y entonces podrían celebrarse elecciones. Después de éstas se podría volver a una fórmula de gobierno más normal.

98. Como se ve, todo cuanto he oído decir desde esta tribuna desde hace dos días sobre la política que vendría seguir lo había dicho ya, y no se interprete como orgullo intempestivo esta afirmación. Pero debo decir que la pregunta siguiente la hago, sí, con cierto orgullo y sin temor a que me contradigan: ¿qué país hizo tanto, durante los críticos días de agosto y septiembre, para promover esta reconciliación política del Congo, para evitar la guerra civil, para hallar la única solución aún posible, la solución de la unión?

99. En el marco de esa política es donde hay que situar el incidente de Stanleyville, y es increíble que un gobierno o un hombre que durante meses difíciles se esforzó — tanto con el Sr. Adoula como con el Sr. Tshombé y en cooperación con los países africanos — por hallar la solución política posible, sea alguien que ha perpetrado y querido una acción militar premeditada y una maniobra racial en el Congo. Eso es tergiversar de un modo abominable mis intenciones, tergiversación que no concuerda con ningún elemento de las pruebas; con ninguno, repito.

100. Tal es mi explicación. Stanleyville era una operación especial en el ámbito de la política general que he descrito. Stanleyville ha sido un caso doloroso. Pero — y en este punto coincido con quienes me precedieron en el uso de la palabra — es el problema entero del Congo lo que está planteado, es todo el porvenir del Congo lo que se juega. ¿Qué otra cosa podía hacer yo?

101. Por supuesto, hay otra política que Bélgica podría haber seguido en el Congo. No vacilo en decir que en estos últimos años y, sobre todo, en estos últimos meses, esa idea se me ocurrió varias veces: la política de abandonarlo todo. Ese es el consejo que dan algunos; es el consejo que se me ha dado estas últimas semanas durante conversaciones que sostuve con los representantes de ciertos países, que me dijeron: "No se mezcle más en esto, ni se mezcle nadie. Que ellos solos se las arreglen como puedan. La cosa durará uno, dos, tres o cuatro años, y entonces veremos qué queda de ese país, que podría ser uno de los más ricos y prósperos de África."

102. ¿Redunda realmente en interés del Congo dejar que luchen entre sí ante nuestra indiferencia?

103. No quiero soslayar ninguna dificultad. Es cierto que hay intereses económicos belgas en el Congo. Pero lo que voy a decir a ustedes, con la certidumbre que da la verdad, es que en la época actual, Bélgica puede prescindir del Congo, pero no creo en modo alguno — por lo que he oído a todos los dirigentes congoleños que conozco — que el Congo pueda prescindir de Bélgica. Esa estructura económica capitalista, que en efecto existe, es lo único que sigue en pie en el Congo al cabo de cuatro años. Los gobiernos que se sucedieron han sido débiles, la administración apenas existía; pero el Congo ha sobrevivido merced

a su estructura económica. He concertado con el Sr. Adoula, en marzo, acuerdos que, de ratificarse, permitirían a los congolesees ser los dueños absolutos de todas sus minas, de todo el transporte y toda la electricidad. Gracias a esto, el Congo puede ser un gran país, próspero y rico. Tal es el ardiente deseo de Bélgica. Y quisiera estar absolutamente seguro de que también es el deseo sincero de todos los países africanos, sin excepción.

104. Bélgica no es colonialista, ni neocolonialista, ni imperialista. Bélgica no es cruel ni racista. El Ministro de Relaciones Exteriores belga se ufana de aportar aquí testimonio formal y solemne de ello. El Gobierno belga está dispuesto a colaborar con las Naciones Unidas. El Gobierno belga está dispuesto a colaborar con la OUA. El Gobierno belga está dispuesto a colaborar con el Gobierno legal del Congo para ayudarle a vencer sus inmensas dificultades. Y esto, sin jactancia ni palabras altisonantes, es verdaderamente trabajar por la paz, por la amistad entre los pueblos y por la fraternidad de los hombres.

105. El PRESIDENTE: Doy las gracias al Ministro de Relaciones Exteriores de Bélgica. El siguiente orador es el representante de la República Democrática del Congo, a quien cedo la palabra.

106. Sr. IDZUMBUIR (República Democrática del Congo) (traducido del francés): Mi delegación aprecia en todo su valor el honor de que se le permita hablar en este debate del Consejo de Seguridad. Desea aprovechar esta oportunidad para aclarar algunos hechos y acontecimientos sobrevenidos en el territorio nacional, lo que permitirá a los miembros del Consejo apreciarlos debidamente.

107. No pienso recordar a ustedes la importancia de las funciones que las Naciones Unidas les han confiado. Sólo deseo decir que el cumplimiento de esas funciones exige de todos nosotros, Miembros de las Naciones Unidas, tener fe en la Carta de nuestra Organización, que determina el marco de actividad de los distintos órganos y los límites impuestos a la acción de los diversos Estados Miembros; dicho de otro modo: fija cierto número de principios fundamentales cuyo respeto es esencial para el mantenimiento de la paz y cuya violación entraña a la larga una amenaza para aquélla. Como la tarea principal de ustedes es velar por el mantenimiento de la paz, están obligados a velar por el respeto a esos principios fundamentales. Mi delegación está persuadida de que el Consejo cumplirá su labor, como siempre lo ha hecho, y de que en estos momentos duros y dolorosos que atraviesa la historia de mi país, Miembro de las Naciones Unidas, el Consejo sabrá seguir actuando con arreglo a la Carta y a sus propias tradiciones.

108. El examen de todas las declaraciones que hasta ahora he escuchado me lleva a considerar los cuatro puntos siguientes: primero, el problema de la operación de socorro — belga-norteamericana —, vinculado a la soberanía de mi país; segundo, el problema de la rebelión, esto es, de la oposición armada al gobierno legítimo de la República, vinculado a su represión; tercero, la solución política africana propuesta en el marco de la CJA; cuarto, las interven-

ciones unilaterales extranjeras en los asuntos internos de la República Democrática del Congo.

109. Respecto de la operación de salvamento — belga-norteamericana — que se ejecutó en Stanleyville, permítanme encuadrarla en su marco exacto. Desde hacía algún tiempo, antes de la reconquista de Stanleyville, la opinión pública congolese se hallaba agitada, la prensa local de Leopoldville hablaba de un retraso deliberado del avance de nuestras tropas, debido a la amenaza de muerte que los rebeldes de Stanleyville habían lanzado a la población civil extranjera, sobre todo contra belgas y norteamericanos. Yo estaba en Leopoldville, de modo que puedo hablar con conocimiento de causa.

110. Un hecho cierto hay, y es que si nuestras tropas — que en aquellos momentos no tropezaban casi con resistencia — hubiesen avanzado demasiado hacia Stanleyville, se habría sellado la suerte de los civiles extranjeros a quienes los rebeldes tenían como rehenes. El anexo No. 18 al folleto publicado por el Gobierno de la República Democrática del Congo con el título de *La Rébellion au Congo*^{3/} contiene la fotocopia de un telegrama dirigido por el General Olenga al Comandante Tshenda Oscar, en Kindu. Dicho telegrama indica el estado de ánimo de los rebeldes en aquellos instantes. Las primeras palabras son números de referencia; después el texto reza así (leo textualmente): "Norteamericanos, belgas deben custodiarse lugar seguro. Caso bombardeo región, exterminar todos sin pedir explicaciones." Como decía a ustedes, se trata de la fotocopia de un telegrama interceptado.

111. Además, los radiomensajes procedentes de Stanleyville que podían captarse en aquellos momentos en Leopoldville eran del mismo tenor. Leeré a ustedes uno de ellos: "Norteamericanos y europeos serán guardados como rehenes hasta que Tshombé deje de utilizar mercenarios." ¿Qué suele hacerse con los rehenes? No necesito decirlo.

112. El Gobierno se vio ante este dilema: o dejar que las tropas avanzaran y correr el riesgo de que se matase a los rehenes, o detener el avance con la esperanza de que los rebeldes se avinieran a razones. Durante ese tiempo fue cuando se impacientó la opinión pública congolese.

113. El Gobierno aprovechó este momento de respiro para hacer repetidos llamamientos a los rebeldes, con el fin de que permitiesen la evacuación de los extranjeros. El Secretario General de las Naciones Unidas hizo un llamamiento parecido, así como la Comisión *ad hoc* de la OUA por boca de su Presidente. Por último, el representante de la Cruz Roja, a quien conozco personalmente y con quien me entrevisté a menudo, se esforzó en igual sentido. Todos estos llamamientos fueron en vano: se ha preferido comerciar con vidas humanas para conseguir ventajas políticas, como el reconocimiento del gobierno rebelde.

114. Frente a tan incalificable actitud y ante exigencias imposibles, nació la idea de la operación de socorro. En tal sentido circulaban ya rumores en Bélgica, rumores que inquietaron a la opinión congo-

^{3/} Editado por los Servicios de Prensa de la República Democrática del Congo, Imprenta Concordia, Leopoldville, diciembre de 1964.

lesa; también sobre esto hablo con conocimiento de causa, porque yo estaba allí. Los rumores decían que Bélgica tenía que intervenir para salvar a sus súbditos retenidos como rehenes en Stanleyville. El Gobierno congolés adoptó entonces una actitud firme por boca del Sr. Sinda, su vocero, calificando de clara agresión cualquier intervención unilateral de esa índole; y no es esto en modo alguno la interpretación dada ni los textos citados por un representante, el de Argelia. Comenzaron entonces conversaciones cuyo resultado fue la aprobación dada por el Gobierno, aprobación que figura en las cartas dirigidas por el Primer Ministro de la República Democrática del Congo a los embajadores de los Estados Unidos de América y de Bélgica en Leopoldville [S/6062 y S/6063]^{4/}.

[El orador da lectura al texto de las cartas.]

115. Después de la autorización del Gobierno, el lanzamiento de paracaidistas se efectuó en determinadas zonas, con un fin concreto y con el mínimo de daños posible. En ningún momento se ocuparon los paracaidistas de reprimir la rebelión: la prueba es que prosiguió la batalla entre el ejército nacional congolés y los rebeldes cuando los paracaidistas se habían retirado ya. En estos momentos, desde el día 1 de diciembre, los paracaidistas están de regreso en Bélgica; yo estaba allí cuando todos volvieron.

116. Tal es el contexto en que hay que situar esta operación de salvamento. Ustedes dirán ahora si esa operación es o no es lo que otros han calificado de agresión de las fuerzas imperialistas; también podrán determinar si fue lo que se llama intervención en los asuntos internos de un país. En cuanto al aserto de que esta operación acarrea cierta amenaza para los países vecinos de aquella zona, eso quizá pueda aceptarlo; pero, de todos esos países, sólo el Sudán ha hablado. Diré al Ministro de Relaciones Exteriores del Sudán que le habría bastado tomar algunas precauciones en la frontera. De todos modos, no pasó del susto, ya que ningún paracaidista belga entró en el Sudán y todos están de regreso en Bélgica desde el 1 de diciembre.

117. En cuanto a los temores de la República del Congo (Brazzaville), son poco fundados, dada la distancia que separa a Stanleyville de Brazzaville. También a esa República le digo que todo se redujo al susto; ya no hay paracaidistas en el territorio de la República Democrática del Congo.

118. Pero ahora abordo otro punto: ¿por qué esos mismos países, que hablaron de amenazas al Africa cuando se realizó la operación de Stanleyville, se callaron cuando tres gobiernos del Africa oriental pidieron la intervención de tropas extranjeras para sofocar la insurrección? Ahí es donde aprieta el zapato, ésa es la falta de lógica que, de continuar, conducirá al fracaso de todo el sistema de cooperación que deseamos establecer. Viene a propósito citar aquí lo que el Ministro de Estado del Senegal decía de esos críticos de la política del Congo: "No siempre ve uno a qué principios se refieren, pero a veces se adivina a qué intereses sirven."

119. Comprenderán ustedes por qué no fue posible, en el marco de la OUA, hallar ayuda efectiva para resolver nuestras dificultades. Llamamos rebeldes a quienes han formado una oposición armada contra el gobierno legítimo; los mismos países que han reconocido a nuestro Gobierno — Ghana, por ejemplo — los llaman nacionalistas, mientras otros hablan de patriotas. Ciertamente, basta dejarse crecer la barba y repetir ciertas monsergas sobre el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo, y fomentar trastornos desde respetable distancia, para que anarquistas y rebeldes se conviertan en nacionalistas de buen tono. Conozco a esos nacionalistas que en cierto momento se afeitaron la barba para servir al Primer Ministro durante su estancia en Madrid y que hoy se han convertido en nacionalistas y barbudos para combatirlo. Esto es paradójico. No insistiré en ello, pero desee que el Consejo se forme idea clara de la evolución de la revuelta.

120. La oposición al gobierno anterior empezó a adquirir carácter violento después de iniciar el Parlamento sus vacaciones: En Leopoldville — donde estaba yo desde marzo de 1964 —, dolorosos incidentes con bombas de plástico y lanzamiento de granadas contra personas inocentes eran los medios a que recurría la oposición para manifestar su descontento. No necesito citar aquí escenas atroces en que se arrojaron granadas contra la muchedumbre que se dirigía a las urnas, y contra los invitados a una boda, hiriendo indistintamente a hombres, mujeres y niños.

121. El 30 de junio, la legislatura llegó al término de sus actividades; se disolvieron las Cámaras y el Jefe de Estado aceptó la dimisión del gobierno de Adoula. Obsérvese que Adoula estaba todavía en el poder y había dado su consentimiento cuando el actual Primer Ministro — después de ser acogido regíamente en Mali — regresó a Leopoldville. El Jefe de Estado le confió la tarea de informarse sobre las posibilidades de crear un gobierno y le pidió luego que lo formase. Consultó a todos los grupos políticos, incluso aquellos que se habían valido de la violencia como medio de oposición, es decir, el CNL. Tenía incluso resuelto ir a Brazzaville para entrevistarse con Gbenye y los demás, pero tropezó con la negativa de las autoridades de Brazzaville.

122. El hecho es que, como los demás grandes partidos políticos — los radicales y el Comité democrático africano —, el CNL nombró miembros que ayudasen a formar el gobierno de transición cuya tarea sería pacificar el país, restaurar la economía, reanudar el proceso de reconciliación y preparar las elecciones legislativas previstas para febrero y marzo próximos.

123. Entonces el Gobierno hizo un llamamiento a toda la población para que pusiesen fin a la violencia, regresasen a sus hogares y zanjaran sus divergencias con el fin de crear las condiciones de paz necesarias para celebrar elecciones. Algunos afiliados al CNL atendieron el llamamiento y volvieron a sus casas, y los actos de violencia en Leopoldville cesaron; otros, en cambio, embriagados por los primeros éxitos militares en la parte oriental del país, prefirieron atizar la violencia en aquellas regiones. Al Gobierno no le quedaba otra alternativa que oponerse a la fuerza con la fuerza.

^{4/} Actas Oficiales del Consejo de Seguridad, Decimonoveno Año, Suplemento de octubre, noviembre y diciembre de 1964.

124. Hay quien ha creído oportuno darnos lecciones sobre este asunto de la represión. Confieso que me sorprende oír consejos de esta índole de boca de las mismas personas que en sus propios países han reprimido y siguen reprimiendo violentamente toda oposición.

125. Si pasamos revista a los ejemplos más recientes de oposición violenta en Africa, observaremos que en 1963 estalló una revuelta en un país del Africa oriental durante la ausencia del Jefe de Estado. A su regreso, la rebelión fue sofocada sin piedad, con puño de hierro. Oímos ecos de este asunto durante nuestra estancia allí, poco tiempo después.

126. En enero de 1964, tres países del Africa oriental llamaron a tropas extranjeras para reprimir una rebelión. Quienes en 1960 condenaron que el Congo hubiese pedido tropas belgas tuvieron que tragarse sus palabras en febrero de 1964 en Dar es Salaam, durante la reunión extraordinaria del Consejo de Ministros de la OUA. Hoy, proclaman su falsa indignación de africanos ante una operación cuyo propósito no fue siquiera sofocar la revuelta.

127. En 1964, mi país presenció una afluencia constante de refugiados negros procedentes del Sudán: hufan de la salvaje represión ejercida por las autoridades árabes del Norte contra la población negra. Pues bien, los falsos hermanos no manifestaron indignación alguna.

128. También en 1964, y mucho antes de estallar la violencia en el Congo, el régimen de Ben Bella ya había empezado a combatir la oposición de las cabillas, utilizando los medios de destrucción en masa que le proporcionan sus amigos del Este. ¿Por qué no le aconsejan sus amigos que se reconcilie con esos patriotas que luchan contra la dictadura de Ben Bella? ¿Dónde están Ferhat Abbas y Ben Khedda? ¿Dónde están los que pelearon a su lado por primera vez, Chaabani y Ait Ahmed? El primero, cobardemente ejecutado sin proceso, sin juicio; el otro hubiera sufrido igual suerte, de no ser porque intervinieron algunos gobiernos árabes que sentían respeto al valor y a las convicciones de ese gran patriota. Quieren ante todo ser argelinos, y no que la independencia que tan duramente se ganaron sea servida como regalo, en bandeja de plata, a ideólogos extranjeros. Es seguro, eso sí, que se les tachará de reaccionarios, vendidos a las fuerzas imperialistas, colonialistas y neocolonialistas. Todos hemos oído ya esa cantinela, sabemos el estribillo y quién la compuso.

129. Nada oímos en el Consejo de quienes ahora proclaman falsa indignación, cuando los rebeldes hicieron bárbara matanza de toda la élite intelectual de las regiones que ocupaban. No necesito decir a ustedes que en Kindu, en Albertville, Uvira, Ikela, Boende, Paulis y otros lugares, todos los funcionarios y empleados de organismos privados que no tenían tarjeta del MNC (Movimiento Nacional Congoles/Lumumba) fueron ejecutados. Las atrocidades cometidas fueron tan horrendas que me avergüenzo de que mi pueblo sea su autor. Me limitaré a leer a ustedes los testimonios recogidos de testigos oculares y de los cuales se me han comunicado varios personal y directamente, pues yo estaba en Leopoldville cuando los supervivientes llegaron y pude interrogar a algu-

nos, congolese por cierto, para quienes gustan de la precisión.

130. He aquí lo que me dijeron estos testigos:

"El Sr. Jean-Roger Ngumba, ex confidente del "General" Nicolás Olenga, cita las siguientes palabras del comandante en jefe de las tropas rebeldes: "Los comunistas chinos han matado a millones y millones de personas. Por eso han triunfado. Debemos seguir su ejemplo."

"Estas amenazas no fueron vanas. En Stanleyville han sido asesinados el alcalde, Sr. Léopold Matabo, que fue descuartizado vivo por rebeldes antropófagos en el mercado público; el secretario provisional, Sr. Gabriel Baleté; el ex ministro del interior, Sr. Georges Kokonyange; el director del ministerio provincial del interior, Pierre Alamazani; el alcalde del municipio de Mongobo, Alfred Bomingoli; el jefe de la circunscripción arabizada, Sabiti Mabé; el redactor jefe del periódico local La Gazette, Guillaume Zambité; el abad Etienne, de la Orden de los Premonstratenses, y todos los magistrados del ministerio público, salvo Crispin Loubangi. Tres de estos magistrados fueron víctimas de los más salvajes actos de canibalismo"^{5/}.

131. A este respecto puedo contar a ustedes el relato que me hizo un testigo ocular, de cómo fue muerto un ciudadano ante el monumento a Lumumba en Stanleyville: le abrieron el vientre y el pecho, le sacaron el corazón y los riñones y se los comieron en presencia de su esposa y sus hijos. Con la boca todavía llena de sangre, algunos fueron a una panadería cercana para pedir pan con que tragar mejor los trozos. Cito:

"Más de 2.000 congolese, pertenecientes a la élite de la región, fueron muertos en Stanleyville a machetazos o quemados vivos. El monumento a Patricio Lumumba, instalado en el centro de la ciudad, sirvió de altar para estos sangrientos sacrificios, y es cierto que a pesar de lo torrencial de las lluvias ecuatoriales el suelo sigue enrojecido en aquel lugar, por la sangre de los compatriotas congolese.

"Un refugiado pakistano de Stanleyville aporta el siguiente testimonio:

"Un día, los rebeldes llevaron ante el monumento a Lumumba a un grupo de congolese detenidos. Toda la población fue obligada a presenciar una horrible carnicería: a algunos de los presos les cortaron los pies, a otros las piernas; a otros les cortaron las manos o los órganos sexuales, que luego les metían en la boca."

Pido perdón por dar estos detalles, pero era necesario exponerlos aquí. Prosigo:

"Otro día, un habitante de Stanleyville, que tenía muchos amigos en los medios gubernamentales, fue conducido a 100 kilómetros de la ciudad y muerto de cinco balazos. Lo enterraron a medias, dejando fuera la parte superior del cuerpo. En compañía de cinco amigos suyos, hemos visitado el sitio y vimos los cadáveres de varios centenares de africanos..."

^{5/} Véase La Rébellion au Congo, op. cit.

"En Kindu, capital de la provincia de Maniéma, fueron asesinados más de 800 personalidades y funcionarios congoleños, sin forma alguna de proceso. . .

"En Paulis, el gobernador de la provincia de Uélé, Sr. Mambaya; su secretario provincial, señor Joseph Tabalo, así como los miembros del Radeco — partido del Sr. Cyrille Adoula —, funcionarios maestros, magistrados y presos militares fueron ejecutados en masa. . . El número de víctimas pasa de 4.000 = 5/.

132. No necesito citar el testimonio de una mujer de Kindu; lo supe por boca de ella misma, que me lo contó personalmente. Tuvo que presenciar con sus hijos el asesinato — la ejecución — de su marido. A éste le hicieron tragar un litro de gasolina, luego le agujerearon el estómago y le prendieron fuego; la esposa e hijos recibieron en sus cuerpos los fragmentos del cuerpo de su marido y padre.

133. No seguiré dando más detalles. Eso es lo que los falsos hermanos llaman liberación. ¡Y aún hay quien pide que la represión, en semejantes circunstancias, sea suave!

134. Ruego se me disculpe mi emoción al relatar estos hechos. Me afectan personalmente, como hombre. Nací en la región donde ha estallado primero la rebelión, la revolución armada, y no hace falta que exponga con detalle lo que siento, ni mis sentimientos hacia mi familia. Comprenderán ustedes mi indignación al oír aquí apoyar públicamente a quienes tienen la culpa de tantas desgracias en las comarcas orientales y septentrionales de la República.

135. Algunas delegaciones, al hablar de esta cuestión, aludieron a la solución política que preconizó el Consejo de ministros de la Organización de la Unidad Africana en su período extraordinario de sesiones de septiembre último.

136. Intervine en los debates y no puedo menos de hacer aquí unos comentarios sobre la resolución de fecha 10 de septiembre de 1964, que reza así:

"El Consejo de Ministros de la Organización de la Unidad Africana, reunido en su tercer período extraordinario de sesiones en Addis Abeba del 5 al 10 de septiembre de 1964, para examinar el problema del Congo y sus repercusiones en los Estados vecinos y en África en general:

"Habiendo estudiado los mensajes que le han dirigido varios Jefes de Estado y de Gobierno africanos, en particular el del Presidente Kasa-Vubu, en el que se expresa su convicción de que la solución del problema congolés hay que hallarla dentro de la Organización de la Unidad Africana,

"Habiendo tomado nota de las invitaciones de los Gobiernos de la República Democrática del Congo, de la República del Congo (Brazzaville) y del Reino de Burundi a la OUA para que se envíe a sus países una misión de investigación y buenos oficios que busque los medios de normalizar las relaciones entre la República Democrática del Congo y la República del Congo (Brazzaville), y entre la República Democrática del Congo y el Reino de Burundi,

"Tomando nota de la intervención del Primer Ministro de la República Democrática del Congo, en la

que indicó sus esfuerzos y su deseo de conseguir la reconciliación nacional en su país,

"Hondamente preocupado por el empeoramiento de la situación en la República Democrática del Congo, sobre todo a causa de las intervenciones extranjeras y de los mercenarios reclutados en su mayoría en los países racistas de Sudáfrica y Rhodesia del Sur.

"Reafirmando las diversas resoluciones de la Organización de la Unidad Africana en las que se invita a todos los Estados africanos a abstenerse de mantener relaciones de cualquier índole con el Gobierno de Sudáfrica, debido a su política de apartheid,"

¿Cuántos Estados africanos no cumplen esta parte de la resolución! Continúo:

"Considerando que la intervención extranjera y de mercenarios en el Congo surte desdichado efecto en los países independientes vecinos, así como en la lucha de liberación nacional de Angola, de Rhodesia del Sur, de Mozambique y de los demás territorios de la región sometida aún al dominio colonial, y constituye grave amenaza a la paz del continente africano,

"Considerando que si la solución del problema congolés es esencialmente política sólo la búsqueda de la reconciliación nacional y el restablecimiento del orden — y subrayo esto — permitirán la estabilidad y el desarrollo económico del Congo, así como la protección de su integridad territorial, . . ."

Ahora viene la parte dispositiva de la resolución:

"1. Invita al Gobierno de la República Democrática del Congo a suspender inmediatamente el reclutamiento de mercenarios y a expulsar lo antes posible a todos los mercenarios de cualquier origen que estén ya en el Congo, para facilitar una solución africana del problema congolés;

"2. Toma nota del compromiso solemne del Primer Ministro de la República Democrática del Congo de garantizar la seguridad de los combatientes que depongan las armas;

"3. Pide especialmente a todos los que ahora luchan que pongan fin a las hostilidades a fin de buscar, con la ayuda de la Organización de la Unidad Africana, una solución que permita la reconciliación nacional y el restablecimiento del orden en el Congo;

"4. Invita a todos los dirigentes políticos de la República Democrática del Congo a que intenten, por todos los medios adecuados, restaurar y consolidar la reconciliación nacional;

"5. Decide crear y enviar inmediatamente a la República Democrática del Congo, a la República del Congo (Brazzaville) y al Reino de Burundi una comisión ad hoc formada por el representante del Alto Volta, Camerún, Etiopía, Ghana, Guinea, Nigeria, República Árabe Unida, Somalia y Túnez, bajo la presidencia efectiva de Su Excelencia Jomo Kenyatta, Primer Ministro de Kenia, la cual tendrá el siguiente mandato:

"a) Apoyar y alentar los esfuerzos del Gobierno de la República Democrática del Congo para lograr

la reconciliación nacional de conformidad con los párrafos 2 y 3 supra;

"b) Buscar por todos los medios posibles el restablecimiento de las relaciones normales entre la República Democrática del Congo y sus vecinos, especialmente con el Reino Unido de Burundi y la República del Congo (Brazzaville);

"6. Invita a la Comisión a que presente su informe al Secretario General para su distribución sin demora a todos los Estados miembros;

"7. Insta encarecidamente a todas las Potencias que están interviniendo en los asuntos internos de la República Democrática del Congo a que pongan fin a su injerencia. Además se invita a los Estados miembros a dar instrucciones a sus misiones diplomáticas acreditadas ante dichas Potencias, para que apoyen este llamamiento;

"8. Pide a todos los Estados miembros que se abstengan de todo acto capaz de agravar la situación en la República Democrática del Congo, o de empeorar las relaciones entre la República Democrática del Congo y sus vecinos;

"9. Pide al Secretario General Administrativo que proporcione a la Comisión todos los medios necesarios para cumplir su misión."

Acabo de leer a ustedes el texto íntegro de la resolución de la Organización de la Unidad Africana, tal cual figura en la fotocopia que poseo.

137. El examen de esta resolución — que mi Gobierno se abstuvo de votar — requiere ciertas aclaraciones en lo que atañe a la solución política, la cesación del reclutamiento de los voluntarios llamados "mercenarios", el alto el fuego, la creación de la Comisión ad hoc y cómo ésta desempeñó su tarea.

138. En lo que se refiere al considerando sobre la situación política, mi delegación debe indicar que la reconciliación se vincula al restablecimiento del orden y que incluso depende de él. Nadie puede afirmar aquí que hay orden cuando hay ciudadanos que manifiestan su oposición armada a la autoridad legítima.

139. En cuanto a la suspensión del reclutamiento de los supuestos mercenarios, debo abrir un paréntesis para mejor aclarar la situación.

140. En septiembre, en Addis Abeba, el Primer Ministro pidió al Consejo de Ministros que aceptase que los países africanos a que recurriese el Gobierno de la República pudieran prestarle ayuda militar para mantener el orden en las comarcas pacificadas.

141. El Consejo manifestó que no era deber suyo hacerlo, pero quiso en cambio que los voluntarios reclutados aisladamente para servir en nuestro ejército fuesen despedidos inmediatamente sin ser reemplazados, y ello en momentos en que ese mismo ejército tenía que afrontar una oposición también armada. Ese era el escollo. Como una cosa condicionaba la otra, el rehusar una entrañaría la falta de aplicación de la otra. Pero lo que algunos hubiesen preferido es que la OUA impusiera tropas al Congo y sin consentimiento de éste. Se adivina dónde habrían buscado esos mercenarios: hay un Gobierno africano que les hace

la propaganda a voluntad, con el falaz pretexto de la vocación africana de su país. No podíamos aceptar esto.

142. Por lo demás, la resolución nos obligaba a suspender el reclutamiento de mercenarios de cualquier origen y a despedir lo antes posible a los que estaban ya en el Congo. Insisto en las palabras "de cualquier origen". Fácil era para nosotros despedir a los sometidos a nuestro mando; pero teníamos también la obligación de buscar y despedir a los que pudieran estar bajo el mando rebelde. Mientras no dominemos todo el territorio, nos es difícil cumplir por entero la obligación que nos impone el párrafo 1 de la parte dispositiva.

143. En cuanto a la cesación de los combates, mencionada en el párrafo 3 de la parte dispositiva, mi Gobierno y otros gobiernos indicaron con acierto que no se puede imponer un alto el fuego a un gobierno que afronta una rebelión armada. Por eso se suprimieron del texto las palabras "alto el fuego". Sin embargo, se conservaron las palabras "todos los que ahora luchan", que han de entenderse vinculadas al párrafo 2 de la parte dispositiva, que habla de la garantía de seguridad que da el Gobierno a los combatientes que depositan las armas.

144. Llego ahora al párrafo 5 de la parte dispositiva, que se refiere a la Comisión ad hoc. Lamento tener que hablar de ella aquí, pues la considero como una Comisión que responde ante el Consejo de Ministros de la OUA, único órgano ante quien me creo autorizado a criticarla. No obstante, ya que los que un periodista denominó vanguardia de África han hablado de este punto, me siento obligado a dar también mi parecer.

145. La Comisión ad hoc tiene por mandato: "a) apoyar y alentar los esfuerzos del Gobierno de la República Democrática del Congo para lograr la reconciliación nacional de conformidad con los párrafos 2 y 3 supra; b) buscar por todos los medios posibles el restablecimiento de las relaciones normales entre la República Democrática del Congo y sus vecinos, especialmente con el Reino Unido de Burundi y la República del Congo (Brazzaville)".

146. Por lo que toca al problema congolés, el Consejo de Ministros quiso que la Comisión ad hoc visitase inmediatamente — recalco esta última palabra — el Congo (Leopoldville), Burundi y el Congo (Brazzaville). Tales son los términos de la resolución.

147. ¿Qué hizo la Comisión? Se apresuró a enviar una subcomisión a Washington, mientras por su parte se negaba a salir de Nairobi, contentándose con hacer llamamientos — baldíos, por cierto — para que cesasen las hostilidades.

148. ¿Por qué no acudió a Leopoldville, adonde tantas veces la invitó el Gobierno? ¿Por qué no acudió a Stanleyville para pedir a los jefes de la rebelión que suspendieran la lucha? ¿Por qué, mientras Ikela, Boende, etc., caían en manos de los rebeldes, y Coquilhatville se veía amenazada, no elevó protesta alguna la Comisión? ¿Por qué se ha callado ante las matanzas de funcionarios y de empleados de compañías, matanzas perpetradas por los rebeldes en Boende, Ikela y Stanleyville?

149. Pero ahora que Stanleyville ha caído, que los cabecillas rebeldes se han desbandado y que millares de combatientes deponen las armas, desalentados, engañados y sumidos en la miseria por sus jefes — que han tenido tiempo de depositar reservas de oro en otro sitio, lo que les permitirá viajar y alojarse en hoteles de lujo —, la Comisión se agita de repente. No creyó necesario reunirse desde la sesión de Nairobi, consecutiva a la de Addis Abeba, pero ahora convoca apresuradamente una reunión porque Stanleyville, la fortaleza rebelde, ha caído.

150. Volviendo a lo de ese viaje a Washington, deseo decir que la Comisión abusó de sus poderes al enviar una subcomisión a dicha capital. Ciertamente es que la Comisión vincula su decisión a las disposiciones del párrafo 7 de la parte dispositiva de la resolución, que dice así:

"Insta encarecidamente a todas las Potencias que están interviniendo en los asuntos internos de la República Democrática del Congo a que pongan fin a su injerencia."

Pero cuando se debatió ese párrafo — y yo intervine en la discusión —, una delegación quiso especificar qué Estados intervenían. El Consejo de Ministros rehusó aceptar ese punto de vista, dejando a cada país la responsabilidad de hacer gestiones ante quien quisiera. La Comisión, haciendo oídos de mercader a esa parte de su mandato — mandato recibido del Consejo —, se aventuró a excederse en sus instrucciones, arrojándose la responsabilidad que el Consejo de Ministros había dejado concretamente a cada Estado miembro.

151. Debido a esta inseguridad de actitudes, a estas faltas de lógica — que espero sean consecuencia de la juventud de nuestra Organización y, por lo tanto, pasajeras —, será difícil, incluso dentro de la Organización de la Unidad Africana, hallar una solución inmediata al espinoso problema del Congo. Aun las mejores propuestas teóricas serán difíciles de aplicar en el marco de una organización donde no todos hablamos el mismo lenguaje.

152. Por un lado lamento semejante situación, pero por otro me veo obligado a llamar la atención sobre ella, si no he de hacer como el avestruz. La solución al problema del Congo tendrán que hallarla los congoleños, y sólo ellos, con ayuda de quienes deseen cooperar respetando su soberanía y sin pretender colocar a nuestro país bajo la tutela de ninguna organización, sea cual fuere.

153. Me detengo aquí por lo que atañe a la Comisión *ad hoc*. Quise meramente aclarar a ustedes el contexto en que se aprobó esta resolución a que han aludido tantos oradores, y ello tanto más cuanto que el texto que aquí vimos tenía lagunas que a primera vista podían sugerir omisiones tendenciosas.

154. He escuchado a los oradores que me precedieron. Les oficio citar periódicos extranjeros, agencias informativas extranjeras. Voy a permitirme imitarlos y decir a este respecto que leí casualmente el número 210 de la revista *Jeune Afrique*, de 13 de diciembre de 1954: en la página 6 trae un artículo de Simon Malley, periodista africano — tunecino — y, como tal, mejor informado que otros en cuanto a los hechos y

acontecimientos del norte de África. Escuchemos este edificante artículo, que se titula: "Respuesta africana: acción directa en el Congo. Diez países de África declaran la guerra a Tshombé". He aquí su texto:

"Se está aplicando una de las decisiones "ultra-secretas" aprobadas por un grupo de jefes de Estado africanos en la última Conferencia de Países no Alineados de El Cairo. Es ésta la consecuencia más importante de la reciente intervención belga-norteamericana en Stanleyville. Un batallón de "expertos y asesores" militares de la República Árabe Unida acaba de salir de El Cairo "con destino desconocido" en África. Un centenar de altos oficiales argelinos, malienses, guineos, ghaneses, sudaneses, están "en movimiento", mientras importantísimos envíos de armas hechos por varios países africanos y destinados a las operaciones de guerrillas están en ruta. Por lo demás, cuatro países limítrofes del Congo han decidido ya permitir que sus territorios se utilicen para todos los preparativos militares que requiere el gobierno revolucionario de Ghenye: esos países son el Congo (Brazzaville), Uganda, Tanzania y el Sudán."

Nada hay de hipotético en esto.

"Así, pues, África ha decidido por fin reaccionar y pasar a la acción directa. Estos países vanguardistas no aguardarán ya las "decisiones" de la OUA — la organización que se nos señala para resolver la cuestión — y no se acomodarán en adelante a las maniobras de quienes, como Nigeria, "justifican y explican" la intervención militar belga-norteamericana, como hizo recientemente el Ministro nigeriano de Relaciones Exteriores, Jaja Wachuku, o como ha intentado hacerlo en las Naciones Unidas su Embajador Adebo.

"Conferencia secreta. — Fue en El Cairo, por sugerencia de Modibo Keita y de Ben Bella, donde una serie de jefes de Estado africanos reunidos con ocasión de la Conferencia de Países no Alineados decidieron celebrar un cónclave secreto, del que ningún periódico del mundo ha dado detalles, ni comunicado siquiera su celebración." ¡Derecho de primacía! El propósito de esta "conferencia dentro de la conferencia" era definir medidas "concretas" que habrían de adoptarse en los próximos meses para afrontar la conspiración que amenazaba al Congo.

"En esta especie de consejo de guerra figuraban Nasser, Ben Bella, Modibo Keita, Sékou Touré, Nkrumah, Nyerere, Kenyatta y Massemba-Debat."

Prosigo:

"Conclusiones. — Se llegó a dos conclusiones principales." Tampoco aquí hay salvedades. "Primera: la supervivencia del régimen de Tshombé en el Congo es una amenaza para todo país africano, especialmente para aquellos cuyos regímenes revolucionarios o progresistas inquietan a las Potencias occidentales. Una vez consolidado y libre de "rebeldes", el régimen de Tshombé se convertiría rápidamente en una base contrarrevolucionaria, donde se formarían e irradiarían todas las conspiraciones contra los países o los regímenes "indeseables". Merced a la considerable ayuda económica y militar que Tshombé podría obtener entonces, Leopoldville

se convertiría en una especie de "cáncer" que podría propagar el mal a toda el África. Tal es, en todo caso, el análisis que hicieron Massemba-Debat, Nyerere, Ben Bella y otros."

Siguen las afirmaciones categóricas.

"En El Cairo: "ellos" son demasiado poderosos. — La segunda conclusión consistió en poner en práctica preparativos de largo alcance con la mira de ayudar al Gobierno de Gbenye de un modo directo y más intenso que en los meses anteriores. Si bien es cierto que algunos gobiernos africanos habían ya suministrado armas, equipo y ayuda financiera, el descontento era notorio en Stanleyville y se insistía en la necesidad de contar con ayuda más eficaz e importante. Nasser, que presidía la reunión, declaró que El Cairo pondría inmediatamente a disposición de las fuerzas revolucionarias congoleñas un grupo de expertos y de asesores militares "entera y plenamente equipado". Ben Bella anunció a su vez que la ayuda argelina se redoblaría en lo referente al armamento de guerrilleros y a especialistas en adiestramiento militar — redoblaría; es decir, que había empezado ya —. Modibo Keita afirmó que muchos especialistas militares malienses irían a determinados países "amigos" vecinos del Congo; y, si hace falta, "nuestros voluntarios intervendrán también"."

Nuestros voluntarios; no se trata de mercenarios.

"Acto seguido, Nkrumah habló extensamente de la OUA: "Es evidente — dijo — que la OUA no conseguirá, en las actuales circunstancias de África, actuar positivamente con unanimidad o semiunanimidad. Nuestros adversarios son demasiado poderosos y disponen de demasiados medios de sabotear los esfuerzos emprendidos para salvar a la OUA de la parálisis. Pues bien, si la unanimidad es imposible, ¿qué nos impide sincronizar una política entre quienes están resueltos a defender nuestro continente de las conspiraciones urdidas desde el exterior y "toleradas" por ciertas personas del interior?"

155. Después de escuchar el relato contenido en este artículo, cuyo autor no puede ser tachado de parcial ni de ignorante, el Consejo puede creerse edificado.

156. Añádase a esto un telegrama de la agencia France-Press desde Khartoum, de fecha 2 de diciembre de 1964, en el que — citando a la agencia oficial del Sudán — dice: "El Gobierno de Khartoum ha autorizado a la oposición congoleña actualmente refugiada en el Sudán a adiestrarse militarmente en su territorio."

157. En su fingida indignación, el jefe del régimen Ben Bella, que por lo visto no tiene bastante con los apuros económicos que le acosan y cree haber encontrado una solución malthusiana a sus problemas exportando a sus mercenarios al África negra, exclamó: "Enviaremos armas y voluntarios, como ya lo venimos haciendo." Cito el telegrama AFP/156 procedente de Argel y fechado el 25 de noviembre.

158. Todas estas declaraciones emanan de personas que dicen preocuparse por la paz en África. Tengo que decir que es ésa una curiosa manera de buscar la paz. Se arrojan el derecho de intervenir unilateralmente en los asuntos internos de un país soberano, violando así

la Carta de las Naciones Unidas y la Carta de la OUA, y luego acuden aquí, al Consejo de Seguridad, a desempeñar el papel de inocentes corderitos. Espero que el Consejo no se deje engañar por las maniobras de aquellos cuyos ejércitos han sido vistos en el Yemen, en Siria, en la Arabia Saudita, en Kuwait, en Argelia y hasta en el conflicto argelino-marroquí, buscando siempre imponer su opinión por la fuerza. ¡Curiosa versión africana de la "doctrina de Monroe", según la cual una parte impide a otras entrometerse en sus asuntos, pero siempre está dispuesta a injerirse en los de otros continentes!

159. Claro que se me replicará que se trata de asuntos interárabes, en los que yo no debo mezclarme, por no ser árabe. Eso es verdad; pero ¿por qué se mezclan ellos en los asuntos del África no árabe? No necesito decir a ustedes que — con ocasión del último período de sesiones de la Asamblea General — cuando el grupo africano decidió presentar a la Primera Comisión una distribución de puestos en el seno de ciertos órganos de las Naciones Unidas, reservando puestos al África, un país que se dice africano sorprendió al grupo — o por lo menos a los miembros desapercibidos del mismo — al pedir una repartición que dejase al grupo árabe un número fijo de puestos. Esa es el África actual, el África en que vivimos y que algunos no quieren ver cómo es, por desgracia. Mi delegación no puede menos de ver lo que salta a la vista.

160. Hay quien ha creído oportuno situar estos debates en el plano racial, y a ello se debe sin duda que hayan citado la no participación del Primer Ministro en la Conferencia "en la cumbre" de El Cairo^{5/} ni en la Conferencia de Países Alineados^{2/}. No surgió este problema en la sede de la OUA, sita en territorio no árabe.

161. No necesito recordar a ustedes los modales vulgares con que se trató a un jefe de gobierno de El Cairo. En derecho internacional, es un auténtico casus belli. Por supuesto, se alegó el pretexto de que se había torturado a los representantes diplomáticos de El Cairo. Tan pronto como me informaron de esto, me ocupé personalmente de organizar su partida. Todo se hizo en completa calma y con el más estricto respeto a los usos diplomáticos. De ello puede dar fe el representante de las Naciones Unidas en el Congo. Yo mismo le invité — de acuerdo con los embajadores de la República Árabe Unida y de Argelia — a estar presentes para evitar que se difundiesen noticias falsas sobre este punto. Aquel mismo día, cuando la embajada disponía de agua y electricidad, una radio extranjera anunció que se había privado de estos servicios a los diplomáticos egipcios y argelinos en Leopoldville. No, nosotros no hicimos eso a nuestros hermanos africanos, aunque sean árabes.

162. Pero donde realmente salta a la vista el racismo es cuando se condena a los blancos de Europa y de América que suministran armas a un ejército de negros porque soldados negros van a usarlas contra sus hermanos de igual color. Me pregunto si las armas que los blancos del norte de África van a dar a los negros

^{5/} Primer período ordinario de sesiones de la Conferencia de Jefes de Estado y de Gobierno de la Organización de la Unidad Africana (17-21 julio 1964).

^{2/} Conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno de los Países no Alineados, celebrada en El Cairo (5-10 octubre 1964).

rebeldes de Stanleyville no se utilizarán contra sus hermanos negros.

163. He ahí racismo al desnudo; y siento hablar en estos términos crudos, pero la lógica me obliga a desenmascararlo y vocearlo. La historia del Congo en estos setenta años no nos permite todavía olvidar el nutrido comercio que se ha hecho con mis compatriotas negros entre los blancos del norte de África y los blancos de Europa y de América. Los resultados estamos viéndolos cada día: son los negros americanos de hoy.

164. Queremos elevarnos sobre estas cuestiones, queremos ser africanos, ser ciudadanos del mundo. Pero debemos primero respetarnos, respetar a la persona humana como tal, cualquiera que sea el color de su piel. Este llamamiento lo hago a todos los blancos, dondequiera que estén, tanto en América como en Asia, lo mismo en Europa que en África.

165. Llego ahora a la conclusión.

166. La intervención belga-norteamericana se realizó con nuestra aquiescencia, con un fin humanitario y por tiempo limitado. Terminó el día 1 de diciembre. Nada reprehensible hay en ella.

167. La rebelión existe. Está siendo absorbida desde dentro, pero la apoyan ciertos países interesados en el desorden. El oro de Kilomoto se le quita a su verdadero propietario, el Estado congolés; los diamantes son objeto de un tráfico que aprovecha a determinados Estados extranjeros, y van ustedes a permitirme citar la anécdota de un embajador que dijo que su país era el mayor productor de diamantes; es ciertamente el mayor exportador de diamantes, pero de todos los diamantes que se traficaron en la República Democrática del Congo. El café se exporta ilegalmente a ciertos países vecinos que apoyan la rebelión con hombres, armas y zonas de adiestramiento, contraviniendo así las disposiciones de la Carta de las Naciones Unidas y de la Carta de la Organización de la Unidad Africana referentes a la injerencia en los asuntos internos de Estados miembros. Ustedes, los guardianes de la paz, conscientes de que semejantes injerencias tienden a perturbar la paz, deben condenarlas y afirmar el respeto a la soberanía congoleña y a la capacidad del Congo para hallar por sí solo, con arreglo a los principios de la Carta, la solución de sus querellas interiores.

168. En cuanto a la referencia a la Organización de la Unidad Africana, es paradójica porque, o bien se estima que hay amenaza a la paz, y entonces se debe convocar al Consejo, que es quien debe entender en el asunto, para que haga las recomendaciones necesarias, o bien no existe tal amenaza, y en tal caso es superfluo convocar al Consejo, ni aun para robustecer el prestigio de una organización regional; no es éste el papel del Consejo, a mi entender. Somos nosotros quienes debemos cimentar el prestigio de nuestra organización.

169. Por lo demás, huelga demostrar que la OUA no mira la intervención belga-norteamericana como una amenaza permanente, grave e inmediata para el África. La Conferencia "en la cumbre" convocada con urgencia no pudo celebrarse, por falta de quórum.

170. Además, si el Consejo de Seguridad hubiera de reunirse para afirmar el prestigio de una organización

o para condenar eventuales amenazas hechas por ciertos países, tendría que estar reunido en sesión permanente.

171. No. Existe una amenaza real, inminente y grave para nuestra soberanía, y esa amenaza proviene del apoyo armado que ciertos países están resueltos a conceder o están concediendo ya a los rebeldes. Invito a ustedes a examinar esta amenaza y a que hagan las recomendaciones necesarias al respecto. Lamento haberme extendido tanto y le agradecería, señor Presidente, que volviera a cederme la palabra si así lo exigiese el curso del debate.

172. Sr. USHER (Costa de Marfil) (traducido del francés): A pesar de lo avanzado de la hora, la delegación de la Costa de Marfil, oídos los discursos hasta ahora pronunciados, cree deber suyo declarar lo siguiente.

173. Es muy de lamentar que el problema en que hemos de entender se haya enmarcado — erróneamente — en un contexto racial. Era natural esperar que así ocurriera; en efecto, sea para intentar justificar la operación que estamos examinando, sea porque la prensa busca noticias sensacionales, hace largo tiempo ya que viene presentándose la cuestión como un problema de canibalismo en África, como un problema de blancos que aguardan a ser comidos. Así se ha creado una atmósfera dramática, antes incluso de reunirse el Consejo. Estoy seguro de que el Consejo sabrá prescindir de todo este apasionamiento y reducir el problema a sus proporciones justas.

174. Se trata del punto, normal y diplomático, del deber de un Estado de proteger a sus ciudadanos. Es una idea corriente, admitida por todos. El Consejo estudiará qué métodos, qué procedimientos conviene adoptar, en circunstancias como éstas, para asegurar la aplicación de este concepto jurídico reconocido en el derecho internacional. Para hacerlo habrá que prescindir de toda consideración subjetiva.

175. En segundo término, es también deber de la delegación de la Costa de Marfil afirmar que en África no podría hablarse de cuestión racial entre africanos. Al hablar de África o de africanos, hablamos de un continente. No podríamos permitir que en nuestro debate se deslizase una idea racial, tratándose del continente africano.

176. Sr. SIDI BABA (Marruecos) (traducido del francés): La delegación marroquí agradece mucho al representante de la Costa de Marfil haber expuesto lo esencial de lo que mi delegación se proponía decir al pedir la palabra.

177. En efecto, la delegación marroquí se ha sentido un tanto turbada ante el giro que ha tomado el debate esta mañana. Creemos que el problema se limita a determinados hechos precisos que el Consejo de Seguridad debe someter a estudio y a un examen objetivo e imparcial.

178. Me siento tanto más consternado cuanto que acabo de oír al representante de la República Democrática del Congo permitirse una generalización al pronunciar repetidamente la expresión "blancos del norte de África". Creo que esa generalización proviene de una mentalidad basada en consideraciones subjetivas que África — sea del Norte o del Sur, excepción hecha naturalmente de Sudáfrica y de Rhodesia del Sur —

ha rechazado categóricamente. Africa, como acaba de decir el representante de la Costa de Marfil, es un continente habitado por pueblos que viven juntos y están unidos por lazos históricos que se remontan a épocas antiquísimas de la historia de la humanidad; pueblos que tienen los mismos problemas: el subdesarrollo, la liberación, la rehabilitación, y que, para resolverlos, no tienen sino una vía: la fraternidad, la unidad y la comprensión.

179. El representante de la República Democrática del Congo, generalizando lamentablemente una vez más, se ha permitido incluso exponer algo que se opone a la verdad histórica, al decir que el tráfico esclavista destinado a América se efectuaba por intermedio del norte de Africa. Dejo a los historiadores el cuidado de puntualizar la verdad. Sabemos cuáles son los puntos de Africa que más interesaban a los negreros dedicados al odioso comercio del tráfico de esclavos entre el continente africano y el americano.

180. Debo también decir que Marruecos, como país africano situado en la parte septentrional de Africa, nunca aceptó ni aceptará jamás que la idea subjetiva basada en la raza tenga valor alguno en el comportamiento de nuestro país, sea en el plano internacional o en el africano.

181. Sin embargo, por desgracia, los enemigos de la emancipación y del desarrollo africanos han intentado siempre, como sabemos, introducir elementos de discordia mediante ideas de base no sólo racial, sino también tribal y regional. Es la táctica más negativa y peligrosa de que se vale el colonialismo contra el Africa.

182. Estimo también un deber declarar que Africa — como pudimos comprobar al presentarse los peticionarios ante el Consejo de Administración Fiduciaria — es un Africa única; no hay dos Africas. Nos oponemos del modo más enérgico a toda tentativa de crear varias Africas.

183. Consideramos que, debido a una combinación de circunstancias históricas, ciertos países y regiones de Africa fueron los primeros en desempeñar un papel primordial en la lucha de liberación nacional y contra la dominación colonialista en Africa. Espero que no se los reproche el papel que a este respecto hayan desempeñado. Si alguno lo hiciera, será de seguro uno de los que por fortuna han sido expulsados de Africa, uno de aquellos que durante tanto tiempo explotaron a los pueblos de Africa del modo más odioso e imperdonable, fuese en forma de tráfico de esclavos, fuese por la explotación personal, fuese en forma de explotación económica y política. Creo que el mayor servicio que puede hacerse al Africa es que ningún africano — quienquiera que sea, aunque sólo por el color merezca llamarse africano — haga en el plano africano o en el internacional declaraciones como las que por desdichados hemos hecho unos minutos de boca del representante de la República Democrática del Congo.

184. El PRESIDENTE: Por no haber más oradores para esta tarde ni para el lunes por la mañana, el Consejo de Seguridad celebrará su próxima sesión el lunes 14 de diciembre de 1964, a las 15 horas.

Se levanta la sesión a las 13.55 horas.

HOW TO OBTAIN UNITED NATIONS PUBLICATIONS

United Nations publications may be obtained from bookstores and distributors throughout the world. Consult your bookstore or write to: United Nations, Sales Section, New York or Geneva.

COMMENT SE PROCURER LES PUBLICATIONS DES NATIONS UNIES

Les publications des Nations Unies sont en vente dans les librairies et les agences dépositaires du monde entier. Informez-vous auprès de votre librairie ou adressez-vous à: Nations Unies, Section des ventes, New York ou Genève.

COMO CONSEGUIR PUBLICACIONES DE LAS NACIONES UNIDAS

Las publicaciones de las Naciones Unidas están en venta en librerías y casas distribuidoras en todas partes del mundo. Consulte a su librero o diríjase a: Naciones Unidas, Sección de Ventas, Nueva York o Ginebra.